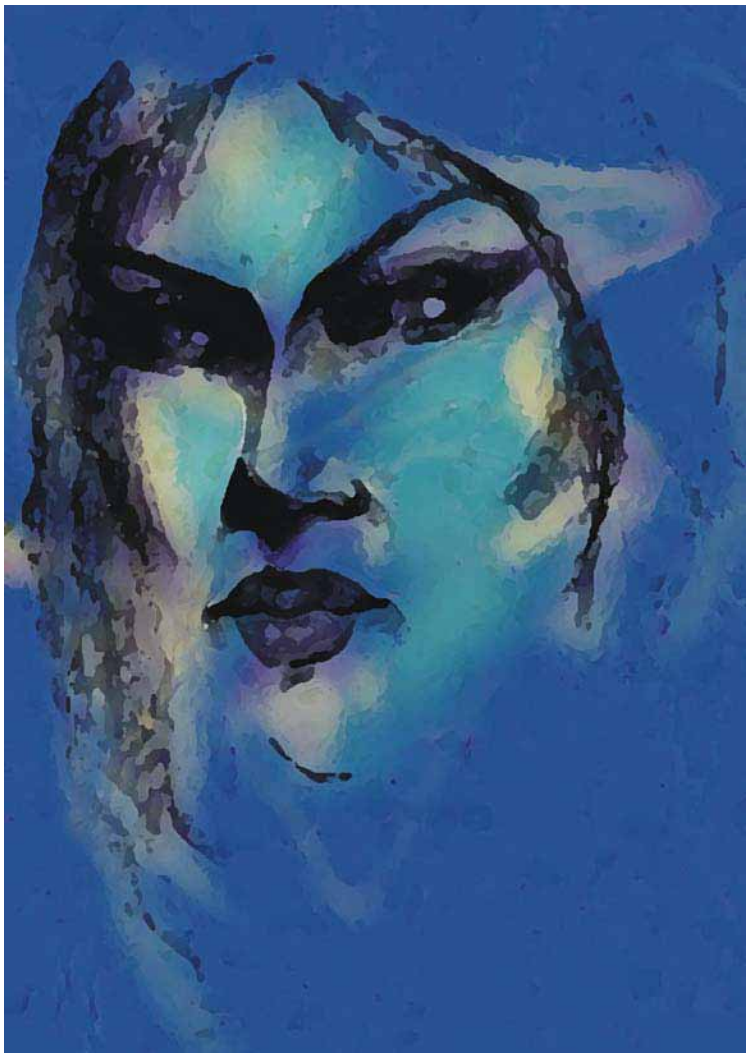
AUCA

REVISTA LITERARIA Y ARTÍSTICA



POESÍA
NARRATIVA
MÚSICA

ARTES PLÁSTICAS
CINE
ACTUALIDAD

Asociación Cultural Auca de las Letras
Revista cuatrimestral
Precio 2'50€

Nº 6 Febrero 2006

AUCA

© De los autores

Dirección : María José Arques
Subdirección : María Amparo Benito Díez
Coordinación : Manuel Parra Pozuelo
Consejo de Redacción : Francisco Alonso Ruiz, María José Arques, Francisco Javier Fernández, Rafaela Lillo, Manuel Parra Pozuelo, María Isabel Pintos,
Consejo Asesor : Mati Bautista, María Amparo Benito Díez, Lucía Espín, Sergio Gadea, Luis S. Taza Hernández
Maquetación : Francisco Javier Fernández
Diseño : Grupo Cultural "Auca de las Letras"
Delegada de ventas : Lucía Espín
Depósito Legal : A-469-2004
ISSN : 1697- 9877

Ilustración de la portada: *Que me parta un rayo*. Autora: Enfero Carulo

Imprime: Copistería Velázquez. GRAFIBEL 2010. S.L.
C/ Padre Mariana,15 – bajo. 03004 Alicante.

Colaboraciones y correspondencia:
C/ Martín Lutero King 4, Bloque 4-1, 5º C, 03010 Alicante.
mariajoseac@ono.com
Móvil:679248312

Centro Loyola
C/ Gravina, 4, 03002 Alicante
aucadelasletras@hotmail.com

En relación con posibles colaboraciones, aquellas personas interesadas en realizarlas deberán dirigirse a nuestras direcciones de correo electrónico o postal para solicitar las normas de estilo de AUCA y enviar sus escritos, con arreglo a estas normas, a la dirección y en el formato que se indican. El consejo de redacción decidirá, en todo caso, sobre la pertinencia de su publicación.

La revista Auca no comparte necesariamente las opiniones vertidas en sus páginas, siendo los contenidos responsabilidad exclusiva de los autores.

ÍNDICE

Editorial	Mª José Arques	4
Saboreo el ayer de mis intimidades	Mª Amparo Benito Díez	5
Vine a decir las cosas	Fco. Alonso Ruiz	7
Miguel Hernández en *Poesía de España*	Manuel Parra Pozuelo	8
Las arenas movedizas	Carlos Cebrián	13
Dime que no fue verdad	Mati Bautista	14
Historias de antaño	Airam Lebasi	15
Love in vain	Sergio Gadea Escudero	19
Poemas de amor y desaliento	Erne Agulló	20
Cuéntame con quién vas y te diré cómo mueres	Fco. Javier Fernández	22
No hay nadie	Fernando Alonso Frías	23
¡Cómo se levantan las olas!	Lucía Espín	24
Apolo y Lepanto	Luis S. Taza Hernández	25
Si pudiera…	Rafaela Lillo	26
"Ninotchka" o de cómo Lubitch y Wilder hicieron reír a Greta	David Israel Méndez	27
Lluvia en agosto	Mª José Arques	30
Nubes de humo	Mª Amparo Benito Díez	31
Llegó la lluvia en julio	Airam Lebasi	32
Recibiendo al hombre nuevo	José Carratalá Lloret	33
Todas las calles	Fco. Alonso Ruiz	34
El viaje	Sergio Gadea Escudero	35
La amistad	Mercè Sanchiz	39
Deixem volar els somnis	Leandre Iborra	40
Cabellera	Vicente Valls	41
Bombardeo sobre el refugio	Luis S. Taza Hernández	42
Un cofre lleno de tesoros	Mati Bautista	43
Carlos Marzal: de *El último de la fiesta* a *Fuera de mí*	Rafaela Lillo	44
Para Carlos Marzal por su libro *Metales pesados*	Manuel Parra Pozuelo	49
Haikus de invierno	Lucía Espín	50
Si el poeta dice que miente, ¿miente o dice la verdad?	Fco. Javier Fernández	51
Junto al río	Cesar Rubio Aracil	57
Vista cansada	Nemesio Martín Santamaría	58
Rescate de sangre	Mª José Arques	60
Con todos los sentidos	Mª Amparo Benito Díez	61
Con el sabor amargo de tus besos	Sergio Gadea Escudero	64
Tras los pasos de la viajera en Compostela	Airam Lebasi	65
Lazo de seda	Luis S. Taza Hernández	69
Pacem in terris	Rafaela Lillo	70
Mientras finges dormir	Enfero Carulo	72
El cine en casa	Raimundo Escribano	73
Madrigal al éxtasis demorado	Fco. Javier Fernández	77
La llamada	Mª José Arques	78
Cuerpos en la playa	Fco. Alonso Ruiz	82
Desde las pateras	Manuel Parra Pozuelo	83

EDITORIAL

Transcurridos casi dos meses desde el comienzo del presente año, al grupo Cultural Auca de las Letras le resulta muy gratificante evocar el recuerdo de los felices acontecimientos disfrutados en el dos mil cinco.

El balance general de este año, del cual ya nos hemos despedido, ha sido muy positivo para nuestra asociación, ya que a dos de sus integrantes se les han otorgado sendos premios literarios. Se trata de Rafaela Lillo Moreno, que ha recibido el Primer Premio en el Certamen de Poesía Temática "Ayuntamiento de Benferri", con el poema titulado *Como luz reencarnada*; y de Sergio Gadea Escudero, que ha sido galardonado con el Primer Premio en el Certamen Nacional de Poesía "Mariano Roldán", que se convoca en el municipio cordobés de Rute, con el poemario *Aquel instante en que la noche.*

Así mismo, nuestra revista ha mejorado notablemente en cuanto a cosido, color y aumento del número de páginas, debido a la ayuda del Patronato de Cultura del Ayuntamiento, de la Caja de Ahorros del Mediterráneo, y la más reciente, la del Instituto de Cultura Juan Gil-Albert.

En otro orden de cosas, el número de nuestra revista dedicado a la conmemoración del IV centenario de la publicación de la Primera Parte del Quijote, puede consultarse en la página Web de la Biblioteca Virtual Cervantes, en la que está "colgada" desde hace más de dos meses. También la revista literaria Baquiana que se edita en Miami ofrece una reseña de este monográfico de Auca.

En este número, continuamos prestando especial atención a los temas y personajes de nuestra tierra, por lo que incluimos una entrevista al bailarín José Espadero, en la que su autora, Mª Amparo Benito Díez, nos adentra en las vivencias de un alicantino que llevó por todo el mundo un arte inconfundible, inscribiendo el nombre de Alicante entre los lugares donde nacieron los genios de la danza.

Carlos Marzal nos impresiona en el artículo de Rafaela Lillo titulado *Carlos Marzal: de El último de la fiesta* a *Fuera de mí*. Francisco Alonso Ruiz, en su poema *Cuerpos en la playa,* nos habla de mar y de pateras, tema del que también trata el libro *De olvidos y de existencias*, del cual, Manuel Parra Pozuelo ofrece un comentario crítico.

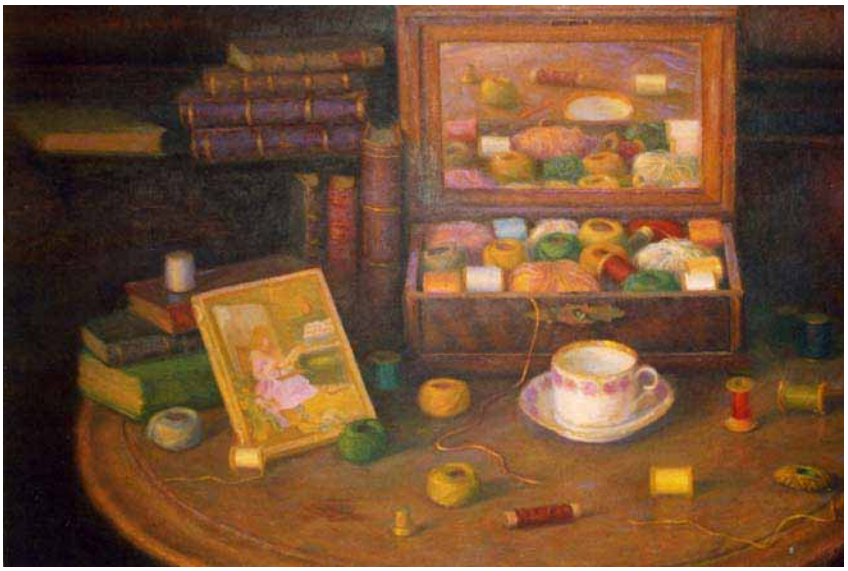
El cineasta David Israel Méndez esboza en esta ocasión la figura de Greta Garbo en su artículo sobre el film *Ninotchka,* con motivo de la conmemoración del centenario de su nacimiento. La pintura no ha sido olvidada en este número de Auca, ya que la artista valenciana Enfero Carulo ilustra nuestra portada y algunos de nuestros textos, además de deleitarnos con su poema *Mientras finges dormir.* El tema de las paradojas es tratado de modo peculiar por Fco. Javier Fernández en su artículo *Si el poeta dice que miente, ¿miente o dice la verdad?.*

Esperemos que la balanza de los cotidianos avatares que, a veces, nos sorprende con increíbles paradojas, se incline a favor de los balsámicos y pacificadores efectos de la cultura, en este año que ya ha comenzado. Por nuestra parte, mediante la continuidad de esta revista, y de los actos culturales que realizamos, intentaremos aportar nuestro granito de arena para que ello se cumpla.

María José Arques

Saboreo el ayer de mis intimidades

Para Magdalena Richarte Pastor



Oleo de J.I. Trives Ñíguez

La habitación está en penumbra,
deshabitada. Y de repente
se multiplica sin contornos la luz,
se inunda de días y de cosas,
objetos que retornan a su sitio,
a su espacio soberano.
Recuerdos, distracciones,
caricias que difunde,
inevitable, la memoria.

Encuentros,
susurros,
conversaciones fluidas y fundidas,
sonoridad de platos y cristal
encima del mantel.
El lino almidonado se impregna,
ciñendo los sabores:
El café de la tarde, la tisana,
el agua de limón, el vino dulce,
los rollos de anís.

Y las cortinas
con danza apresurada
bambolean, al goce de la brisa,
la gasa vaporosa del volante.

En la repisa, reposan los libros
de páginas marcadas
con el translúcido celofán
de una chocolatina,
o con los pétalos
que comulgaron con el papel,
trasladando su perfume al poema.

Para calmar ausencias,
la mecedora acuna melodías
al piano.

Saboreo el ayer de mis intimidades
gritadas a los vientos
de la risa espontánea,
del llanto con motivo.

Los recuerdos pasados
regresan al presente. Estoy viva;
ellos también.
Y se posan en el límite
de la conciencia azul y consentida.

Y la carne, tibia de placer,
con dudas y brotes de esperanza,
en un lenguaje no aprendido,
se reconcilia
con el ambiente tan invulnerable,
reincidente y fugaz.

Mª Amparo Benito Díez

Vine a decir las cosas

Yo no he nacido sino para contar
todas las cosas que estoy viendo.
Para hablar de esas cosas necesito
la palabra en el tiempo.

Ahora voy a decir de dónde vine,
de dónde soy con mi saliva y sangre,
de dónde son las manos de mi cuerpo,
de dónde la aventura de mi carne.

Yo vine con el día y las aceras,
con los muros de sombra en el suburbio,
con las humildes gentes sin trabajo,
con lo que nunca olvido.

Vine con las costuras de mi traje con polvo,
vine con ojos, dientes y palabras de amor,
con mis zapatos rotos de andar por las ausencias
definitivamente olvidado de Dios.

Yo no vine sino para contar las cosas,
para hablaros del hombre y de sus circunstancias,
de la sed y del hambre, de los hechos que ocurren,
del tiempo que transcurre, de la historia que pasa.

Que todavía hay cárceles y hay odios y hay heridas,
todavía se escuchan los gritos de los muertos,
aún se yerguen rencores como viejos cuchillos,
y hay sucios laberintos parecidos a infiernos.

Y el ser humano sufre su abandono y su ruina,
su estrépito de miedos, su alarido de dientes,
la carcoma y el óxido que le come las venas
encarnizadamente.

Decidme en qué papeles diré lo que estoy viendo,
en qué paredes sucias transcribiré mi grito,
ya que no vine aquí sino a contar las cosas
que suceden y he visto.

Fco. Alonso Ruiz

MIGUEL HERNÁNDEZ EN *POESÍA DE ESPAÑA*

Poesía de España fue una importante y significativa revista que, dirigida por Gabino Alejandro Carriedo y Ángel Crespo, publicó sus nueve únicos números en los años comprendidos entre 1960 y 1963. En sus páginas vieron la luz las obras de los más importantes poetas de la época que asumían, con más o menos intensidad y entusiasmo, los postulados de la que entonces se denominaba poesía social. Desde otras perspectivas podríamos hablar de poesía comprometida en el sentido que dicho término es utilizado por J. Lechner en su libro *El compromiso en la poesía española del siglo XX,* publicado en 1975, en Universitaire Pres, en Leiden, y tal como señala Pilar Gómez Bedate en su clarificador estudio introductorio[1], Ángel Crespo propuso que la revista tuviese una intención salvadora en el terreno social sin abandonar la imaginación creadora, ni el lenguaje artístico, ni el de los símbolos, porque, según sus criterios, si el arte perdía su virtud propia de educar el gusto, afirmar la sensibilidad y despertar la inteligencia, dejaba de ser útil al hombre. Señalar, por último, que es indudable la calidad de sus colaboradores, de tal modo que podemos afirmar que en sus páginas figura la práctica totalidad de los poetas comprometidos de aquellos momentos.

Por otra parte, la exigida objetividad de la poesía comprometida iba a entrar en crisis de modo inmediato y precisamente uno de los poetas que publicó uno de los últimos libros, considerados unánimemente como comprometidos, fue Ramón de Garciasol que sacó a la luz, en 1968, su poemario *Apelación al tiempo*, en el que afirma que se resiste *"a contar la estupenda maravilla/ de esa patria que brama tanta sangre"*, dando en este texto una evidente prueba de su demostrado valor en la lucha política que es uno de los rasgos de su personalidad destacados por Pilar Gómez Bedate en el estudio introductorio al que nos referimos anteriormente[2]. Parece evidente que la lucha política aludida sólo podía interpretarse como un consecuente y activo antifranquismo, y no es demasiado arriesgado suponer que estaría sostenida por alguna de las organizaciones que lo protagonizaron.

Ramón de Garciasol es, obviamente, un seudónimo de Miguel Alonso Calvo, poeta y escritor nacido en 1913, en Guadalajara, amigo y compañero de estudios de Antonio

---

[1] *Poesía de España*, Edición facsímil, pp. I a VIII, archeles, Ciudad Real, 1997.
[2] Obra citada, pg. V.

Buero Vallejo, que escribió y publicó la mayor parte de su obra bajo el régimen franquista y sólo fue considerado, según sus méritos, muy tardíamente por los estamentos oficiales, tal como lo constata el hecho de que la concesión de la Medalla de Oro de Castilla La Mancha se produjo en una fecha tan tardía como la de 1990, no obstante fue caracterizado por los más prestigiosos críticos de su época como el poeta de la solidaridad, y además de su obra lírica han sido unánimemente elogiados sus estudios literarios, sobre todo *Lección de Rubén Darío,* de 1961, que obtuvo el premio Fastenrath, y *Meditación sobre el Quijote;* uno de sus poemas más conocidos y probablemente el incluido en un mayor número de antologías es el titulado *Arenga a las rosas y a los hombres,* en el que ordena a las flores que impidan las ametralladoras y que ocupen el lugar del odio y las entrañas de obuses, bombas, balas y morteros, ya que, según el poeta, es precisamente este imparable crecimiento de la belleza el que puede impedir la catástrofe con la que los bárbaros nos amenazan.

Poesía de España dedicaba sus páginas centrales a la semblanza de un poeta y a una breve antología de sus versos, y en su número cinco el poeta elegido fue precisamente Ramón de Garciasol; en su elogiosa caracterización, escrita muy

posiblemente por Ángel Crespo o Gabino Alejandro Carriedo, se afirma: *"Frente a todo lo negativo, su voz ha servido de aliento y ha templado el aliento de muchas voces",* y finaliza refiriéndose al decoro que su palabra ha contribuido a mantener.

En los poemas de Ramón de Graciasol que este número de la revista incluye, como un complemento a su semblanza, encontramos unos versos en los que puede leerse: *"Mi padre era un obrero /un hombre, como tantos, pensativo",* aludiendo al oficio de su progenitor. Tan explícita confesión es, sin duda, también señal de adscripción ideológica.

Como evidencia de la admiración a la persona y a la obra de Miguel Hernández el número cuatro de *Poesía de España*, publicado en 1960, llevaba en su cabecera esta inequívoca leyenda: "*En memoria de MIGUEL HERNÁNDEZ en el 50º aniversario de su nacimiento"*. A este respecto, es preciso tener en cuenta que, tal como señaló Manuel Molina, hasta octubre de 1946 no se publicó, en España, ningún poema de Miguel Hernández, y fue en esa fecha cuando en la revista *Verbo* de Alicante apareció un poema con este mismo título. Los contactos entre los poetas que, desde Alicante, intentaban difundir la obra de Miguel Hernández (Manuel Molina y Vicente Ramos fundamentalmente) y de Ramón de Garciasol fueron frecuentes, y tenemos constancia de su intervención en las gestiones relacionadas con la publicación, en 1951, del primer libro de Miguel Hernández tras la guerra civil, que apareció en la colección *Ifach*, con el título *Miguel Hernández. Seis poemas inéditos y nueve más.*

Los tres sonetos dedicados a Miguel Hernández se publicaron en la tercera página del primer número de la revista, fechado en 1960, bajo el nombre del poeta, con el siguiente texto:

1

Tu ronca voz de cisne, caracola,
sangrando mar sin mar; tu voz de trigo,
morena de bancal, alta de amigo,
bandera arracimada y amapola;
tu voz, Miguel, me llega ola tras ola
insomne y sin cesar; tu voz que sigo
oyendo al fondo del ayer, testigo
de tanto andar y tanta patria sola.
Tu voz, Miguel, calando mis sembrados,
enjambrada en el talle de la espiga,
en el talle viril de los arados.
Tu voz de carne en mis adentros suena
y no sé si la calle o si la diga
por no dar parte a nadie de mi pena.

2

La tierra se hizo verso en ti, la tierra
maternal y fecunda y sin pecado,
el haza paridora, a la que has dado
lo que era barro, campo de tu guerra
de hombre que no cesa, buen soldado
capitán de azahares. Verso y cierra
España y tú, Miguel. Sí: nunca yerra
la cordial pesadumbre del costado.
Tu muerte ya da verso en los caminos,
miguelea por los palmerales,
y hay más sol en el verbo de los vinos
que cuecen las bodegas interiores,
y han ganado más sangre los metales
y está el pan más lucido de colores.

y 3

¿Qué te voy a decir, Miguel hermano,
tú, Miguel, benjamín de los Migueles
- Unamuno, Cervantes -? ¡Cómo dueles
en esta luz de Viernes Santo! ¡Cano
te viste el corazón y era temprano
por tu sien pajarera! ¡Qué bien mueles
con ausencia esperanzas¡ Y más hueles
en la palabra que plantó tu mano
ladera eterna de la poesía.
Miguel: Estoy aquí. Bebo Orihuela,
el hortelano verso y profecía
en que te hiciste historia. Miro y hallo
en el telar del verso mucha tela
aún que cortar, Miguel.... Pero me callo.

Las tres estrofas numeradas integran un único discurso, en el que el primer soneto concluye preguntándose si dirá o callará la voz del poeta que suena en sus adentros,

mientras que el segundo nos da cuenta de la situación de Miguel, afirmando que su muerte es ya verso en los caminos y miguelea por los palmerales, para finalizar con una tercera estrofa, que, iniciándose con una retórica pregunta *(¿Qué te voy a decir...?)*, concluye asumiendo la imposibilidad de hablar en ese momento concreto, a pesar de sus deseos, por lo que sus últimas palabras son una locución adversativa: *"Pero me callo".*

Examinando más detenidamente el primer soneto, observamos que el sintagma *tu voz* aparece seis veces en su texto, de tal modo que lo organiza y estructura en su totalidad, puesto que iniciándose con una variante del mismo, en la que el adjetivo *ronca* se interpone entre el posesivo *tu* y el sustantivo *voz* reaparece en cinco ocasiones sucesivas, con disposición anafórica, en los versos cinco, nueve y doce, de tal modo que los cuartetos y los tercetos se inician con esta locución, si bien es cierto que en su primera aparición incluye el adjetivo *ronca*, en cuanto a las dos ocasiones restantes, en los versos dos y seis, aparecen con un relativo paralelismo, ya que se sitúa a partir de las sílabas séptima y octava de cada uno de los versos citados de este primer soneto, que se había iniciado con la poética definición de la voz del poeta como *"ronca voz de cisne"*, aludiendo al canto del ave que al morir emula sus más bellos arpegios, para continuar llamándola caracola que sangra y es *"mar sin mar"* y posteriormente denominarla con sintagmas que aluden a símbolos entrañablemente agrícolas *("alta de amigo / bandera arracimada y amapola").* En el segundo cuarteto que, como ya indicamos, se inicia anafóricamente y contiene una apelación al poeta *("Miguel")* y continúa con una explicitación de la modalidad de la llegada de la voz que, sin cesar, se aproxima al poeta *("ola tras ola, insomne y sin cesar"),* llegando "*del fondo del ayer*" y siendo *"testigo / de tanto andar y tanta patria sola".* Haciéndose presente, de este modo, la valoración histórica y política de la figura de Miguel Hernández con palabras tan inequívocas como *"patria sola".* En los versos noveno, décimo y undécimo, la voz del poeta cala en los sembrados de Garciasol, en naturales y agrícolas realidades *("sembrados, espigas y arados").* Finalmente, en el último terceto, la voz de Miguel, hecha carne, sigue sonando en los adentros del autor del soneto, que no sabe si decirla o callarla, *"por no dar parte a nadie de mi pena".*

El primer verso del segundo soneto se inicia y concluye con la palabra *"tierra"*, de la que se afirma que se hizo verso en Miguel Hernández, y a la que se califica de *"maternal, fecunda y sin pecado"* en el verso siguiente, para continuar denominándola *"haza paridora",* que ya ha recibido del poeta *"lo que era barro"* y que ha sido para él, *"campo de tu guerra / de hombre que no cesa",* continúa alabando su actividad bélica, llamándolo *"buen soldado" y "capitán de azahares".* En una España, al igual que Miguel y sus versos, dominada por la represión y la censura, no existe posibilidad de error en la que denomina *"cordial pesadumbre del costado",* que no podía ser sino el dolor por la pérdida de la esperanza que significó el régimen republicano. En los seis últimos versos de este soneto se describe poéticamente la muerte de Miguel y sus consecuencias, en ellos se afirma que *"ya da verso en los caminos / y miguelea por los palmerales"* e incluso hace más brillante el verbo *"de los vinos / que cuecen las*

bodegas interiores" y hasta los elementos y cuerpos más inertes como los metales *"han ganado más sangre",* finalizando con un verso en el que el pan, entendido como símbolo y paradigma de la naturaleza humanizada, se dice que *"está más lucido de colores",* como consecuencia del sacrificio de Miguel, muerto por todos.

El tercer soneto viene precedido por el correspondiente dígito con una conjunción copulativa, indicando así que su texto se integra en un único discurso. Es una invocación al poeta, que se inicia con una interrogación retórica, en la que el autor se pregunta a sí mismo qué va a decir a su hermano Miguel, que es llamado *"benjamín de los Migueles"* en el segundo verso, para concretar en el tercero cuáles son los otros componentes de la tríada *("Unamuno y Cervantes").* Las directas alusiones a Miguel Hernández se producen en unas circunstancias que las hacen explicables, ya que el soneto se escribe, en Viernes Santo (verso cuarto) y en Orihuela (verso décimo). Al poeta le duele el recuerdo de Miguel en ese momento especialmente litúrgico en el que se conmemora la muerte del Hijo de Dios. El corazón de Miguel es descrito como ya *"cano"* y su ausencia *"muele esperanzas".* Situado en Orihuela, tal como hemos indicado, su fusión con la ciudad es tan íntima y profunda que llega a beberla hecha ya *"hortelano verso y profecía",* para posteriormente hallar *"en el telar del verso mucha tela / aún que cortar",* y finalizar asumiendo su silencio como única posibilidad en las lamentables circunstancias de evidente falta de libertad, y diciendo simple y contundentemente: "*Pero me callo".*

En resumen, la voz de Miguel Hernández, resonando en los adentros de Ramón de Garciasol, impulsa y promueve el nacimiento de versos que, al igual que los del poeta de Orihuela, reflejan las esperanzas y deseos de su tierra y de su pueblo, aún más presentes y actuantes tras su inicua muerte, que es ya verso en los caminos, pero, a pesar de estas incitaciones y de tantos y tantos motivos para que Ramón diera rienda suelta a sus sentimientos, la cruel realidad impuso el silencio y la mordaza, y esta situación, de implacable persecución de lo real y auténticamente sentido, es la que se refleja en los tres sonetos, haciéndola aún mas dolorosa el recuerdo y la incitación que suponen la vida, la muerte y la voz de Miguel Hernández.

Manuel Parra Pozuelo

Siguiente >>

Las arenas movedizas

...no conoce el amor la compasión.
Felipe Benítez Reyes

Procuro hincar los pies a la tierra,
con fe de grandilocuente fervor,
con pasión
(y toda pasión es siempre desmedida).
Procuro no alzar el vuelo
hacia el confín o sinfín -¿quién sabe?-
de astros mentirosos,
como un desierto de irreverente espejismo;
agua donde sólo queda rencorosa sed,
amor donde sólo resta odio,
sexo donde sólo hubo soledad.
Procuro hincar los pies a la tierra
pero la tierra es ciénaga, arenas movedizas
y me engulle el mostruo terrible
de la tiniebla.
Lucho por aferrarme al suelo,
lucho con pasión
(y toda pasión es siempre desmedida)
por aferrarme a ti.
Alargo los brazos, busco las manos
salvadoras que tiren de mí.
Busco el socorrido regazo,
pero el amor no conoce la compasión.
Me recompongo de la pesadilla
diseñando una drástica sonrisa,
la fecunda alegría de la realidad,
el don de la vida.
Limpio los restos de arena cenagosa
de mis zapatos.
Piso con fuerza y fervor
la patria bajo mis suelas,
la patria de los sueños.

Susurro tu nombre,
susurro tu nombre.
No conoce el amor la compasión.

Carlos Cebrián

Dime que no fue verdad

Pido la paz y la palabra.
Blas de Otero

Dime que no fue verdad
que aquel gigantesco monstruo
de la guerra civil,
cruzó España masacrándola
de punta a punta.
Que los niños entraban a jugar
a los refugios,
y no temblando por el ruido
del bombardeo sobre
la ciudad.

Dime que no fue verdad
aquella lluvia de bombas
sobre el mercado al mediodía
que no fue sangre desplomada
la que por los aledaños fluía.
Que las fosas de los cementerios
no están llenas de hombres
fusilados contra las tapias.

Dime que tampoco fue verdad
que fue una prolongada pesadilla
a causa de un mal sueño,
del que no he despertado.

Repíteme que no fue verdad.

Mati Bautista

HISTORIAS DE ANTAÑO

Sucedió en la sierra de los Ancares, hace muchos años, en una pequeña aldea de casas desperdigadas por las estribaciones de la sierra. Una tarde de finales de noviembre repentinamente el cielo se volvió oscuro y plomizo, sopló la ventisca y cayó una copiosa nevada que anegó los caminos, borró los árboles, y ocultó las cosas, uniformando de blanco todo el entorno. Un viajero fue sorprendido por el meteoro. El caballo se desorientó asustándose. No hacía más que dar topetazos, relinchar medroso y elevar las patas delanteras dando coces al invisible peligro. El viajero se apeó, sostuvo por el cabezal y el freno a su montura, y le habló en murmullos tranquilizadores, mientras con la otra mano lo acariciaba hasta sosegarlo. No sabía dónde se encontraba. No se veía más allá de dos pasos. Sin caminos, sin cielo para orientarse, sin el instinto del animal para seguir sendas trilladas, sintió miedo. No podía quedarse parado, pronto lo cubriría la nieve y corría el peligro de congelarse. Hizo avanzar a la caballería en un andar errabundo, arrimándose a su lomo para protegerse del viento y calentarse. Le pareció que siempre eran los mismos lugares, y que no avanzaba hacia ninguna parte.

Daba la sensación de que habían transcurrido muchas horas. Las piernas le dolían, sentía mortificantes calambres, la cara ardorosa y roja, no podía cerrar las manos, las tenía entumecidas. Un relincho lo alertó. Frotó los belfos helados de su montura para que no se asustase, ésta relinchó más fuerte y piafó tercamente. Protegiendo los ojos, cegados por el viento, con sus manos ateridas, distinguió lo que parecía una casa. Se arrastró hacia ella. Una puerta se abrió dando paso a un gran resplandor que emanaba de la *lareira* en la que ardía un acogedor fuego. Olía a humo y a caldo de berza, a cuadra y a estiércol.

Un hombre le habló desde la puerta, recortado en sombra por la luz del interior:

-¿Qué, señor, se perdió? ¿Lo sorprendió la tormenta? Malos tiempos para los caminos. Venga, que le ayudo. Viene exhausto.

- Sí. Estoy al límite de mis fuerzas. Gracias al caballo que tiró por mí y me sostuvo. Iba a la feria de Campos. No sé dónde estoy. Este temporal inesperado...

- Aquí en la montaña nunca se sabe. En una hora hace sol y en la otra una tempestad de nieve. Pero dejemos de hablar y pase. Pase a la cocina. Entre sin temor, mi mujer le dará algo para calentarse. Me llevo el animal a la cuadra y le echo algo de paja. Entre en la casa, y sea bien venido. ¿Oyó al lobo?

- No. El viento y la nieve lo impedían. ¿Ya bajó? Es pronto aún. Dicen que hay mucha comida en las montañas. Este año se las arreglarán bien, allá arriba.

- Sí, pero aquí el lobo busca otra cosa. ¡Si lo sabré yo!. Vaya a calentarse y a tomar algo. Ahora vuelvo. - Se fue diciendo por lo bajo - Buscan lo que buscan: si lo sabré yo.

Cogió las riendas y se llevó la montura a la querencia de la cuadra caliente.

Mientras, el viajero entró en la cocina, oscurecida en los rincones por el brillo refulgente de la fogata.

- Buenas noches – saludó a la mujer que venía hacia él con una copa de aguardiente en la mano.

- Buenas nos de Dios. Pero pase. No se quede ahí parado en la puerta. Hace mucho frío. Beba de un trago esto que le hará entrar en calor. Ahora le preparo *unha taciña* de caldo que le dará fuerzas. Le está hecho de hoy. Le está bien boiño.

Después de tragar el aguardiente echó un vistazo al recinto. Era una cocina aldeana ennegrecida por el humo de la *lareira*. De la gambota colgaban tocinos y chorizos. En las paredes, un vasar oscuro del que pendían numerosos enseres, y, más allá, un chinero con porcelanas. Rodeando la lumbre varios bancos y banquetas. En la parte más alejada, oculta en la penumbra, una muchacha hermosísima miraba sin ver. Sus ojos eran ascuas encendidas en la oscuridad. Parecía escuchar la tempestad. No manifestaba que se hubiera enterado de su presencia. Cuanto más arreciaba el temporal más atención prestaba al exterior. La mujer le puso en las manos una *cunca* de caldo y lo invitó a sentarse en una banqueta al lado del fuego. Se sentó y sus ojos seguían presos en aquel rostro que parecía una trágica aparición.

- Espera la llamada del lobo – dijo la voz del hombre a su espalda, adivinando su sorpresa –. La tenemos que atar, sino se escapa. Una vez se nos fue y la encontramos de madrugada en la puerta. Los tojos la habían lacerado en miles de cortes que ella misma se lamía como si fuera un animal. Tómese el *caldiño,* luego le cuento la historia de mi hija, mientras bebemos unos tintos con chorizo, *touciño e* broa.

- *Quedou doente* desde entonces. *Coitadiña, miña filliña* – dijo la mujer tomando las manos de su hija y pasándoselas por la cara en un gesto de entrañable amor.

La joven ni parpadeó, atenta a los sonidos que llegaban de fuera.

El viajero se encontraba caliente y somnoliento. Dentro de su cuerpo la sangre circulaba aprisa por sus venas produciéndole un gran bienestar. El dueño de la casa preparó sobre un banco los vasos, el tocino, que de tan rosado parecía jamón, la *broa*, dorada y esponjosa, y el vino; acercó todo a la lumbre y se dispuso a hablar. Antes escanció vino en los vasos, dio una navaja al viajero para que cortase las viandas como le apeteciese, y contó:

“Tenía cuatro años cuando sucedió. Yo la llevé conmigo a la cima de la sierra. Era verano, julio concretamente, el calor intenso se pegaba al cuerpo. La limpieza de la atmósfera hacía brillar las cumbres en recortadas cuevas y tajos donde aún dormía la nieve. En esa época se sube a segar los pastos para el invierno. La chica jugaba a mi alrededor, apartada, para no lastimarse con la hoz que yo manejaba. Me incorporé para secarme la frente del sudor y no la vi. La llamé una y otra vez pero no había respuesta.

Pensé si se habría ido con otros vecinos que por allí andaban. Grité hasta quedar sin voz. Acudieron los segadores, entre todos la buscamos. Se dio aviso a la aldea, subieron con perros. Se rastreó palmo a palmo la sierra durante días. Nada. Como humo. Se había perdido como el humo en el aire. Pasó el tiempo. Perdimos las esperanzas. Se pensó en un robo. En los gitanos que en aquellos días acampaban por allí. La guardia civil hizo averiguaciones que resultaron infructuosas. Yo tenía mi teoría: en mi fuero interno la hacía muerta, caída por un tajo metida en una grieta, donde los perros más adiestrados nunca lograrían llegar. No decía lo que pensaba porque mi mujer languidecía de desesperación, y de vez en cuando, tenía un hálito de

esperanza. No teníamos más hijos. Mi mujer, muerta de pena, encamó. Las piernas no la sostenían. Yo seguía con las faenas diarias y la tristeza en la espalda, como una carga de plomo que me hundía poco a poco. Ese año tardaron las nieves. Era ya finales de noviembre cuando bajaron los lobos. Una epidemia había mermado la caza. Estaban desesperados y entraban hasta las casas atacando a los perros y llevándose todo lo comestible que encontraban. La nieve nos impedía organizar una batida y fueron muchas las pérdidas de ovejas y cabras. Abrían las cuadras sin temor al hombre de tanta desesperación que tenían. Una noche de diciembre aullaron alrededor de esta casa, con un lamento largo e insistente. De vez en cuando destacaba el sonido, en soliloquio, de un lobo, bronco y lastimero, al que contestaba la manada a coro. Por la forma de llamar no parecía que estuviesen de caza. Esa noche, transparente como el cristal, brillaba una luna invernal que refulgía como plata sobre la nieve. Me asomé con la escopeta y desde la puerta hice unos disparos al aire. Una sombra negra se me acercó arrastrando algo que gruñía y pateaba. Tan sorprendido me quedé que no fui capaz de disparar. El lobo me miró con ojos como ascuas, durante unos segundos soltó lo que tenía en la boca y lanzó un aullido largo y prolongado desapareciendo en las sombras. El silencio envolvió la noche que emitía luz. Entonces me dirigí hacia lo que había traído el lobo, que gemía y rebullía entre la nieve. Casi me muero de la impresión. ¡Era una niña!, rebozada en barro seco y desnuda. ¡Era mi niña! El pelo enmarañado y los ojos como brasas encendidas me miraban con miedo, queriendo huir. No podía. Estaba herida y tenía una pierna rota. La tomé en brazos entre pataleos, mordiscos y arañazos. La entré en la cocina. Gritaba como los lobos. Con tanto jaleo acudió mi mujer. Al principio desconcertada nos miraba sin entender. Yo envolví a la niña en una manta y la acerqué a las ascuas que aún conservaba la *lareira*. Algo se despertó en la mente enferma de mi mujer que le empezó a hablar y a llamarla por su nombre. La lavamos y curamos. Le entablillé la pierna dejándola impedida de movimientos para que se curara. No quiso comer nada, sólo fuimos capaces de darle leche. Durante días no pudimos salir de casa por la nieve.

Todas las noches acudía el lobo con ese quejido lastimero que inquietaba a mi niña y se revolvía para escapar. Pasó el invierno. El lobo de repente desapareció. Mi niña esperaba la noche con ansia, para oír su voz y no se dormía en la espera. Fuimos a la Villa para consultar con médicos y curanderos. Acudimos a todos los remedios, pero ella no volvió a hablar. Decían que había sufrido un cambio de personalidad. Que un día cualquiera volvería a ser normal. Así quedó: muda y pacífica. Tiene quince años y sigue esperando al lobo que de vez en cuando la llama. Es muy lista. Sabe hacer de todo. Un *menciñeiro* dijo que está marcada por un lobo y que mientras esté vivo no tendrá cura. Tiene su marca en la cadera, en forma de media luna, el médico dijo que era una mordedura, probablemente de lobo Cuando llegan las nieves y los siente, se escapa. Una vez la encontré en la puerta aovillada, aterida de frío, y sajada por los

tojos en la cara, las piernas y las manos, desde entonces la atamos cuando llega el invierno. Ayudado por los vecinos dimos grandes batidas, cayeron varios lobos pero él no. Cuando suena la tormenta como ahora, mi hija se transforma, ruge y tira de la cadena para arrancarla, sus ojos arden, semejan hogueras. Esperamos un día dar con ese lobo y matarlo. Yo lo tengo grabado en la retina. Lo reconocería entre mil."

Metió en la boca una loncha de tocino con *boroa*, y con el dorso de la mano se frotó una lágrima que rodaba por su mejilla sin afeitar.

El viajero miró con atención hacia la joven. Un grillete de hierro sujetaba su tobillo a una cadena que estaba presa a la pared. Cerca había un camastro de revueltas frazadas y un caldero con agua.

- Hoy quedamos en la cocina para vigilar que no se haga daño. Usted puede dormir en nuestro cuarto. Mañana con el día podrá seguir camino. La nevada no es profunda y el aire da cambio. ¿No quiere comer más? Le acompaño al cuarto, veo que está muy cansadiño. Venga conmigo.

Una escalera de madera conducía a un altillo situado encima de la cuadra. Se sentía resoplar a los caballos y rumiar a las vacas. El altillo era acogedor y caliente. Lo mantenía así el calor que despedían las bestias. El hombre le dio una gruesa manta con la que se envolvió y se echó en la cama. Los acontecimientos no lo dejaban dormir.

Hubo un momento en que creyó oír un coro de aullidos que rodeaban la casa. Se incorporó asustado. Uno destacaba de los demás, dulce, melodioso, parecía una nana. Mecido por aquel sonido se tendió y se quedó dormido profundamente. Cuando se despertó lucía un espléndido sol sobre la nieve. Todo estaba en silencio. En la cocina no había nadie. El grillete de la muchacha estaba abierto, el camastro ordenado. Arrimado a las ascuas, en la *lareira*, se mantenía caliente un pote con leche. Sobre la mesa había pan de broa, tocino y chorizo, tapados con una *peneira* puesta del revés, y además una *cunca* vacía. Salió a la puerta. No se veía a nadie. El corral estaba desierto. Atado a la pared, ensillado y contento, lo saludó su caballo. Volvió a la cocina, llenó la taza con pan migado, le volcó leche caliente encima, y se lo tomó con prisa. Se sintió reconfortado. Su caballo lo recibió con cabeceos y pequeños relinchos. Si quería llegar a la feria tenía que emprender la marcha. Se alejó a trote ligero por el camino. Confió en que siguiendo hacia el norte llegaría al Camino Real. No podía olvidar los ojos de la muchacha ardientes y hermosos.

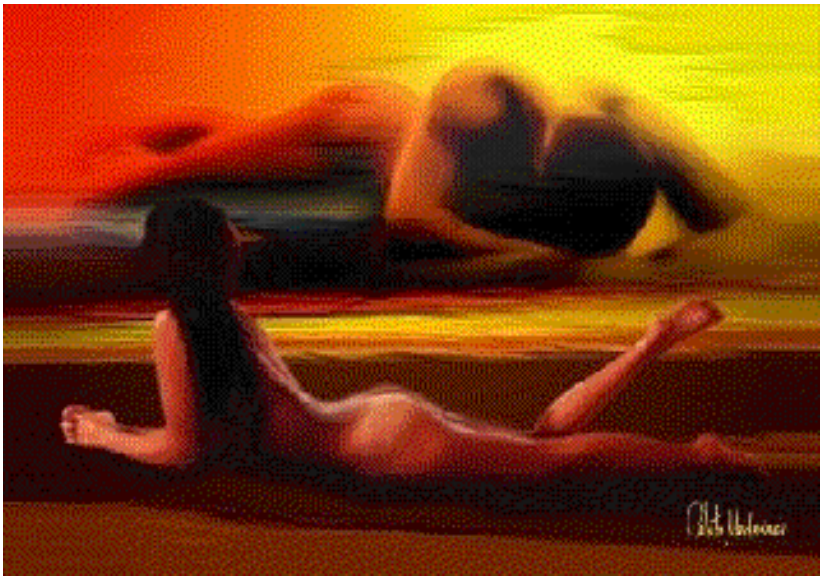
Airam Lebasi

Love in vain

Cuando la noche entra
con sus fulgores tétricos
y te sientes
sola y con frío
y apuras
esa copa del zumo de mis sueños,
sabes que todo el amor,
todo el amor
ha sido en vano.
Y suena la amarga melodía
que nos desenlaza en hiriente luz,
y luego
te revitalizas
alacre
y subes hacia las cumbres
celestes
y bajas otra vez
a los fulgores rojos,
y entonces comprendes,
tan sola,
y con el frío de la noche,
que todo tu amor ha sido en vano.

Sergio Gadea Escudero

Poemas de amor y desaliento



Después del amor la tierra, después de la tierra nada.
(Miguel Hernández)

Tu silencio me acosa desde el ocaso
al alba ¿quién eres tú
que has dejado esta certeza
de amor y desaliento?

Tu ausencia me persigue donde vaya
insobornable y cruel
como un castigo.

Fuera de ti sólo quiero la muerte,
un rincón en la nada

y el olvido.

Fem el mateix camí sota els mateixos cels.
(M. Torres)

¿Cómo podré desde hoy arrastrar tanto olvido,
sobrevivir al miedo,
administrar la angustia del tiempo
y la escasez?

¿Qué haré con tu recuerdo,
con mi amor, con tus libros?
Sin tu palabra justa,
sin tu gesto tranquilo.
Amigo, sin tu vida...
de mi vida ¿qué haré?

Dónde está aquel hombre que en los días y noches del destierro andaba por el mundo como un perro y decía que Nadie era su nombre?
(Borges, Odisea, libro vigésimo tercero)

He de volver del llanto a tu cuerpo de arena.
Regresaré del miedo a tus ojos en calma.
Cuando el sol rompa el alba,
regresada del duelo,
ha de hallarme la aurora
abrazada a tu alma.

Entre tú y yo la soledad y un manojito de escarcha.
(Joan Manuel Serrat)

De este lado sólo eres tristeza,
un recuerdo imborrable
y una herida en la piel que se niega al olvido.
Del tuyo no puedo imaginarte.
Tu imagen, resbalando como arena
se escapa entre los dedos de mi vida.
Mi memoria ya sabe, como el río,
que el tiempo es devenir
y es insondable
y que nada en sus aguas, el destino
ha de volver igual que antes.

Erne Agulló

CUÉNTAME CON QUIÉN VAS Y TE DIRÉ CÓMO MUERES

(Micro-cuentos)

EL PROFESIONAL

Claudio Maldonado pasaba por ser el mejor asesino a sueldo del mundo.

En su larga trayectoria, no cometió un solo error en el cálculo. Jamás le tembló la mano ni su fría cabeza dio nunca muestras de debilidad en cuanto a la duda o la incertidumbre con la que debía ejecutar su trabajo, ni tan siquiera ante la conmiseración piadosa de víctima alguna.

Era extremadamente eficaz con respecto a todo aquello que tenía que ver con su cotidiana labor. Diligente, expeditivo y, ante todo, sumamente leal con quien le pagaba.

Claudio Maldonado recibía siempre un primer sobre blanco y grande conteniendo el nombre de la persona a eliminar, además del domicilio habitual donde la víctima habitaba. Con posterioridad, recibía un segundo sobre con dinero... mucho dinero.

Una gélida tarde de otoño, Claudio Maldonado apareció sobre su cama sin deshacer, ahogado en el charco de su propia sangre y con la cabeza tan desparramada como si de una granada reventada se tratara.

Aún tenía la pequeña pistola en su mano derecha.

Sobre la mesilla de noche un solo sobre blanco y grande, y en su interior, un papel pequeño y un nombre: el suyo.

LA DEUDA

El día que Samuel Antúnez cumplió noventa y cuatro años, se asomó al precipicio del tiempo y por primera vez sintió el vértigo de la edad.

Entonces recordó que al serle concedida la vida, le fue extendido un cheque valorado en tiempo, eso sí, tiempo prestado, que debería devolver en cómodos plazos diarios a lo largo de su vida.

El impago de la deuda implicaba el embargo del resto de los días por parte de la muerte.

Por aquel entonces, el viejo Samuel se encontraba tan cansado, que esa misma noche decidió dejar de pagar.

Fco. Javier Fernández

No hay nadie

Se halla a solas conmigo
por todo mi derredor,
sin más aciertos ni besos
que una tormenta de balas;
se va, se viene, regresa,
busca un hueco en mi camastro
bajo la sábana oscura
de la noche residual.
La siento caer en mi hombro
y luego adentrarse en mí,
en esta penumbra cósmica
de vieja sala de cine
donde no alcanza el trasiego
y se demoran las luces
y se dibuja la ausencia
en imágenes caligráficas.
Sin pétalos suficientes
con que ofrendar al azar
me sumerjo en el océano
del periódico del sábado
en busca de un anunciante
depravado, como yo,
a quien no alcance el pudor,
a quien sus planes no le aten.
Y por más fotos en sepia
que cuelguen de la pared,
por más que clame el teléfono,
por más que escupa la radio
mil y una voces anónimas
desde el calor de sus lámparas
no encuentro aroma ni aliento
que me sustente; no hay nadie.

Fernando Alonso Frías

¡*Cómo se levantan las olas*!

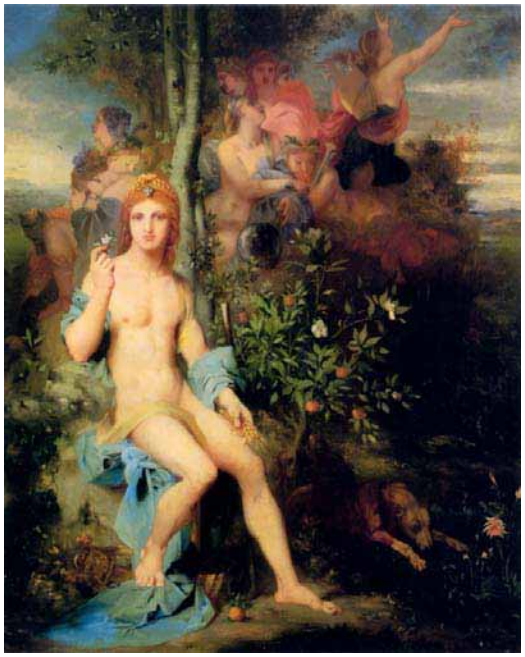
¡Cómo se levantan las olas
en este mar tan inquieto
y cubre de espuma nívea
rocas de años secretos!

¡Cómo se levantan las olas
y llegan hasta tu cuerpo
despojando sin pudor su alma
de profundos sentimientos!

¡Cómo se levantan las olas
y regresan mar adentro
y otra vez se levantan
y vomitan años
y almas
y cuerpos!

Lucía Espín

APOLO Y LEPANTO



El áureo dios Apolo se alejó unos cientos de metros de su perpetua morada de Delfos, alertado por el estruendo de unos disparos de cañón que sonaban intermitentemente en la lejanía.

Desde un peñasco, el divíno y eterno joven contemplaba ahora el mar, cómo en mitad de sus aguas tranquilas una solitaria galera disparaba unas salvas en honor de un desconocido personaje, o quizás rememorando algún ignorado acontecimiento ocurrido en ese mismo lugar.

Fue entonces cuando Apolo recordó lo sucedido allí mismo varios siglos atrás. Al igual que ahora, pero de forma distinta, escuchó un terrible estruendo. Y eso lo llevó hacia aquel peñasco, con la diferencia de que a sus oídos no sólo llegaron los sonidos de las pausadas y múltiples explosiones, sino que la brisa le trajo desgarradores gritos humanos indescifrables para él por la lejanía.

Se trataba, entonces, de toda una batalla naval, como nunca antes contemplara aquél joven dios.

El humo apenas dejaba ver las naves que se hundían tras los impactos, y cómo los hombres caían o se tiraban a las aguas, destrozados en algunos casos, en llamas en otros, o simplemente trataban de sobrevivir en el fragor de la batalla nadando, intentando desesperadamente no correr la misma suerte que su maltrecho navío. Aun así, se les podía ver de lejos luchando con sus enemigos entre las olas, esperando ganar, para después morir ahogados.

¡Sangre, fuego, agua y muerte! –Se dijo para sí mismo Apolo indignado y apenado, mientras quedaba como absorto mirando la solitaria galera que seguía disparando sus salvas una y otra vez.

Una voz, que venía justo de detrás de él, lo sacó de aquel estado.

- Es en mi honor, caballero -le dijo la anónima voz.

Se giró, y vio a un extraño personaje. Era un delgado anciano de rostro cansado y barba creciente, que lucía un curioso vestido de oscuro terciopelo negro con calzas de igual color.

El joven dios le pregunto con curiosidad y asombro

- ¿Y tú quién eres?-

Y el anciano respondió, al tiempo que le hacía una elegante reverencia,

- Don Miguel de Cervantes Saavedra, para servir a Dios... y a vos.

Así fue cómo Apolo conoció a nuestro insigne escritor.

Luis S. Taza Hernández

Si pudiera...

No queda nombre escrito sobre el agua.
Guillermo Carnero

Helena en la Cala de San Vicente. Joaquín Sorolla

Si cerrara los ojos y pudiera
alcanzar la inocencia del principio,
y bruñir los espejos de esa tarde
de finales de estío, cuando el aire
llevaba nuestros nombres en un vuelo
por la anchura de un mar azul topacio.
Si cerrara los ojos y pudiera
devolver a la nieve de los días
la acendrada blancura de lo intacto,
fijaría de nuevo los colores
en el cuadro acabado de esta noria
que la lengua del tiempo ha deslucido.
Es verdad que la vida es sólo el sorbo
de una ciega quimera contra un viento
que azota despiadado, imprevisible,
destruyendo las vías, las palabras...

Lo inminente: las formas de la arena,
la exacta profecía hacia el pasado
desde este mar ahogado por la lluvia.

Si cerrara los ojos y pudiera...

Rafaela Lillo

"NINOTCHKA":
O DE CÓMO LUBITSCH Y WILDER HICIERON REÍR A GRETA

"Garbo ríe" fue la frase promocional que en el otoño de 1939 copó todas las salas de cine de Estados Unidos, frase sobreimpresa a una imagen de la gran diva riéndose a carcajadas en el decorado de una cafetería para humildes obreros, una cafetería situada en la ciudad más romántica por antonomasia del celuloide. El trailer no engañaba en absoluto: nos enfrentábamos a una comedia romántica ubicada en París y donde podríamos ver reír a la hechizante *Greta Garbo*, hasta la fecha especializada sólo en papeles trágicos, introspectivos y tristes.

El origen de aquella risa podemos buscarlo en la necesidad apremiante de la *Metro Goldwyn Mayer* por rescatar del olvido a su prefabricada estrella del cine mudo, aquella que había cosechado incluso varios éxitos sonoros como *Anna Christie* (1931), *Gran Hotel* (1932), *La Reina Cristina de Suecia* ("Queen Christina", 1933) o *Anna Karenina* (1935), pero que con la situación política de aquel momento, sobre todo debido al auge del nazismo en Alemania, había perdido todo su gancho en las taquillas centroeuropeas.

La idea estaba clara: cambiar su registro, mostrarla como alguien más cercano, más accesible y normal, alguien que pudiera cautivar al público norteamericano. Para ello, y con la premisa de que *Greta Garbo* debía reírse y hacer reír, se contrató al tándem formado por el norteamericano *Charles Brackett* y *el* austrohúngaro *Billy Wilder,* al que se unió también el austriaco *Walter Reisch*. Juntos escribieron un guión basado en una historia de *Melchior Lengyel*, periodista y escritor de origen húngaro.

Con estos antecedentes, no es de extrañar que el resultado fuera un guión mordaz, irónico y tremendamente ácido, en el que la dualidad entre el mundo capitalista y el comunista estuviera omnipresente. *Greta Garbo* se convirtió así en *Nina Ivavnova Yakushova*, una comisaria bolchevique en misión especial en Paris, o en definitiva y más abreviadamente, en la inolvidable *"Ninotchka"*, título adoptado finalmente para la película.

Charles Brackett y *Billy Wilder* habían escrito ya algunas comedias de éxito como *La Octava Mujer de Barba Azul* ("Bluebeard´s Eighth Wife", dirigida por *Ernst Lubitsch* en 1938) o *Medianoche* ("Midnight", dirigida por *Mitchell Leisen* en ese mismo año 1939). Apenas unos años después, este mismo tándem sería el responsable de los guiones que consagraron a *Billy Wilder* como uno de los más grandes directores de Hollywood con títulos como *El Mayor y la Menor* ("The Major And The Minor", 1942), *Cinco Tumbas al Cairo* ("Five Graves To Cairo", 1943), *Días Son Huella* ("The Lost

Weekend", 1945), *Berlín Occidente* ("A foreign Affair", 1948) o la magnífica *El Crepúsculo De Los Dioses* ("Sunset Boulevard", 1950).

Por otra parte, *Walter Reisch* sería el responsable de la historia de *Camarada X* ("Comrade X", dirigida en 1940 por *King Vidor*), de nuevo una comedia sobre las diferencias entre el capitalismo y el comunismo, eso sí, mucho menos lograda que *"Ninotchka"*. Asimismo, en su larga trayectoria como guionista, *Reisch* fue responsable de grandes y míticas películas como *Luz Que Agoniza* ("Gaslight"), dirigida en 1944 por *George Cukor* o *Niágara*, dirigida en 1953 por *Henry Hathaway*, y en la que, al servicio de *Marylin Monroe*, trabajó de nuevo junto a *Charles Brackett*, ya disuelto su tándem con *Billy Wilder*.

Para dirigir *"Ninotchka"*, los ejecutivos de la *Metro Goldwyn Mayer* eligieron, muy acertadamente, al genial director alemán *Ernst Lubitsch*, exiliado de su país debido al régimen nazi, y que ya había trabajado con *Brackett* y *Wilder* en *La Octava Mujer de Barba Azul* apenas un año antes. Posteriormente, *Lubitsch* volvería a insistir en la burla de cualquier tipo de ideología política, ya sea capitalista, comunista o en especial el nacionalsocialismo de sus compatriotas con, entre otras, las famosas y exitosas tragicomedias *El Bazar De Las Sorpresas* ("The Shop Around The Corner, 1940) y *Ser O No Ser* (To Be Or Not To Be", 1942), basándose en esta última de nuevo en una historia de *Melchior Lengyel*.

En este sentido, todo el metraje de *"Ninotchka"* nos remite continuamente al conocido como *"toque Lubitsch"*, rasgo común a la práctica totalidad de la obra de *Lubitsch* y que consiste en un derroche de ironía, presentada con un estilo muy sofisticado, que *Lubitsch* utiliza continuamente para mofarse, en ocasiones muy sutilmente, de cualquier idea política de la época, en especial de nuevo de la dualidad capitalismo-comunismo.

La escena de *"Ninotchka"* donde el toque *Lubitsch* es más evidente es aquella en la que *Greta Garbo* desprecia un extraño sombrero de diseño que finalmente acabará comprando y luciendo muy orgullosamente. Detrás de esta aparente broma insustancial podemos descubrir toda la ambigüedad de dos genios como *Wilder* y *Lubitsch*, nacidos en el seno de una sociedad idealista europea que irónicamente les acabó privando de su libertad para crear. La industria cinematográfica norteamericana les dio la oportunidad de seguir creando, pero para ello tuvieron que adecuarse a una sociedad capitalista y evidentemente pagar un tributo a la misma.

En este sentido, y basándose en una visión superficial de la cinta, son muchos los que han tachado la película de burdo panfleto anticomunista. En cualquier caso, si la analizamos bien, nos daremos cuenta de que la crítica mordaz de *Lubitsch* y *Wilder* funciona tanto en uno como en otro sentido, como queda patente en el personaje de la gran duquesa rusa *Swana*, interpretada por una estupenda *Ina Claire*. De hecho, también *Billy Wilder* volvería a utilizar este tipo de ironía en muchas de sus películas posteriores, tanto como guionista como director, pero eso sí, de una forma mucho más ácida y burlesca, sin la sofistificación de *Lubitsch*.

Por otra parte, para el papel de galán romántico de *"Ninotchka",* se eligió a *Melvyn Douglas*, que tuvo que vérselas nada menos que con *Spencer Tracy* para poder interpretar finalmente al *Conde Leon d´Algout*. *Melvyn* y Greta ya habían coincidido en

Como Tú Me Deseas ("As You Desire Me", dirigida en 1932 por *George Fitzmaurice*) y volverían a coincidir en L*a Mujer De Las Dos Caras* ("Two-Faced Woman", 1941) en este caso a las órdenes de *George Cukor*, un vano intento de repetir el éxito de *"Ninotchka"*, y finalmente la última película de la gran diva sueca del cine mudo.

Una mención aparte merecen los secundarios, como esos tres entrañables agentes rusos interpretados magníficamente por *Sig Ruman*, *Felix Bressart* y *Alexander Granach,* y cuyos personajes de *Iranoff*, *Buljanoff* y *Kopalski* serían retomados por *Billy Wilder* en su magnífica *Uno, Dos, Tres* ("One, Two, Three") de 1961 o, por otra parte, *Bela Lugosi*, en el papel del autoritario comisario *Razinin*. En este sentido, la elección de *Lugosi*, que había cosechado un gran éxito con su papel de *"Drácula"* en la adaptación al cine que *Tod Browning* hizo en 1931 de la famosa novela de *Bram Stoker*, no fue evidentemente fruto del azar.

Para *Greta Lovissa Gustafson*, con apenas treinta y cuatro años recién cumplidos, *"Ninotchka"* se convertiría en su penúltima película antes de retirarse, su verdadero canto del cisne, un destello de vida antes de huir del mundanal ruido y recluirse en el anonimato de su piso neoyorkino, durante casi cincuenta años, hasta su muerte en la primavera de 1990.

Asimismo *"Ninotchka"* le proporcionó a *Greta* su cuarta nominación al *Óscar* y su cuarto fracaso consecutivo, en esta ocasión frente a *Vivian Leigh* y su personaje de *Scarlett O´Hara* en *Lo Que El Viento Se Llevó* ("Gone With The Wind", 1939) de *Victor Fleming*. Sólo a título honorífico y ya en 1955, *Greta Garbo* conseguiría por fin un *Óscar*.

Hoy, cien años después del nacimiento de *Greta Garbo*, *"Ninotchka"* permanece como una de sus películas más recordadas, una historia mordaz, ácida y muy crítica, aunque eso sí, quizá demasiado heredera de las ansias de *Lubitsch* y *Wilder* por demostrar al mundo que lo que pasaba en Europa en los años anteriores a la Segunda Guerra Mundial tendría consecuencias nefastas.

De cualquier manera y ante todo, *"Ninotchka"* es una divertidísima comedia romántica que visión tras visión consigue seguir arrancándonos mil y una risas y sonrisas, y en definitiva, una película en la que, atónitos, vimos reír por primera y casi única vez a esa actriz de semblante místico, ausente, introspectivo e insondable, que la *Metro Goldwyn Mayer* había convertido en resplandeciente estrella y fenómeno de masas durante la segunda mitad de los años veinte.

David Israel Méndez Alcaraz

Lluvia en agosto

Quería llegar.
Ansiaba terminar lo ya inconcluso.
Deseaba redimirme a mi destino,
para saldar las deudas contraídas.
Tenía que elucidar aquel enigma
que, extraviado en los años, me angustiaba.

Quería llegar.
Dejé el lecho temprano, como siempre.
Revisé mi correo, por si acaso...
Leí un mensaje de un amor pasado.
Salí a la calle con la sonrisa abierta,
con optimismo y brío, como siempre.

Quería llegar.
La tarde organizó una fantasía,
en las amargas nubes que crecieron.
La llovizna escribió... unos...tres poemas.
Cuando la noche abarcó todo lo inmenso,
el diluvio inundaba las aceras.

Quería llegar.
Pero la lluvia anunció una despedida.
Mi paraguas se retorcía con el viento.
Lo cerré, con claridad abatida.
El agua me mojó hasta lo más hondo,
donde vi la vacuidad de mi entelequia.

María José Arques

Nubes de humo

Cuando algo me inquietaba
y cimbreaba mi pulso
a tantas
preguntas
de dudosas respuestas,
yo
también me acostumbré,
a fumarme un cigarrillo.

Necesitaba ver las nubes
más de cerca,
y el envolvente humo me remontaba,
con su perfil grisáceo
y caprichoso,
a espacios indecibles,
plegando y desplegando pensamientos,
dejándolos volar cual las cometas.
Así...,
pasaron vendavales,
épocas de sinrazón,
y turnos de alegría,
las cosas más amables:
el lance
que el dardo de la vida acierta.

Un día,
después de bordear la piel,
apagué sin dolor
el último cigarro.

En los atardeceres,
por mi jardín quedaba
el tenue resplandor
de luciérnagas
y nubes,
lejanas formas y matices
de nubes con las que poder
soñar,
sin calcinar la vida y el placer.

Mª Amparo Benito Díez

Llegó la lluvia en julio

Llegó la lluvia.
Abrió la tierra hambrienta sus entrañas secas.
El paisaje brilla en verde.
Un mirlo desgrana fantasías multicolores, la fronda se despereza.
Laten las hojas besadas, dan sonidos embriagadores.
Todo el pinar susurra acompasado, la lluvia ilumina el bosque sediento que llora.
En espera la tierra abre sus labios,
muestra su útero ardiente que recibe el semen,
en coito de fuego
es germen de luz.
Pasará el otoño,
pasará el invierno,
dormirán las plantas en su lecho silente.
Los barbechos tendrán querencias de pájaros y florestas.
Las nubes, soñolientas de lunas, recrearán el horizonte,
horizonte abrazado al campo, de cielos de plomo.
Caerá la lluvia sobre el mar y la tierra,
derramará la savia su sudario inconsútil de invisible bruma.
Caerá en los ámbitos umbríos de las noches sin rumbo.
Caerá sobre los rostros yertos,
lavarán sus lágrimas gritos de silencio.
Anegará las calaveras de los cuerpos rotos de ilusiones.
Caerá la lluvia en los charcos rojos de incontroladas hordas,
hordas que llevan dalles sobre los hombros.
Caerá la lluvia sobre el ánimo triste,
ignorado por lunas que no asoman, ocultas en la noche, dejan hoyos oscuros
en rostros de ausencias.
Caerá la lluvia en heridas ahogadas,
hundidas en gargantas vacías.
Purificará el latido de los corazones de oasis ignotos,
silencio del tiempo,
sello de bocas cerradas,
silencio de lluvia que lava a los muertos.
Mientras cae la lluvia
se diluyen las sombras por los rincones.
Pero la lluvia, en esta hora, cae mansa y sumisa sobre la fronda.
Un jilguero llora por amores perdidos entre silencios.
Cae la lluvia en julio ignorante y tierna.

Airam Lebasi

RECIBIENDO AL HOMBRE NUEVO

Tú fuiste creado para amar: Ama pues, sobre todas las cosas, tu libertad para amar.

Elige, disfruta, descubre, comparte, da y recibe. Celebra la riqueza de la Vida y saborea sus matices. No te juzgues, ni juzgues al otro. No proyectes el rencor de tu no aceptación personal sobre quien ya es libre.

Tampoco envidies la libertad que ves en otros, pues también es tuya, sólo que tienes miedo de asumirla. Por el contrario, regocíjate en su valentía.

Es más fuerte quien ilumina con su luz la estancia oscura, que quien teniendo luz, se apaga en lo oscuro.

Niño geopolítico observando el nacimiento del hombre nuevo - Oleo sobre Lienzo - 45 x 50 cm. Salvador Dalí

Si el amor y el deseo enredados se presentan, te turban y tientan, acepta el desafío.

Si huyes, no serás más feliz. Si los experimentas y tras apurar la copa nada queda, no serás ni más ni menos feliz que antes, pero sí más rico en experiencia.

Si el placer se agota, mas el amor permanece en cualquiera de sus formas, dichoso tú, al conservar lo más noble de la enseñanza.

Incluso sin amor, el placer con lealtad es hermoso, gratificante y divertido. Agradece pues el haberlo compartido.

Camina con tu alma desnuda al viento, nuevamente como un niño inocente, seguro y vulnerable a la vez. Aspira todos los aromas al pasar, saborea todo manjar que te apetezca, sé consciente de verdad permitiéndote estar vivo cada instante. Apura la vida; nunca es tarde, y así, derrama la belleza y la alegría de tu Ser a tu alrededor. Ya no hay enemigos ni rivales, sólo amigos, compañeros, hermanos o amantes. No hay armas ni armaduras, sólo iguales.

Mírate: Tu niño te sonríe cuando te ve libre. Aquel “amor” que te inculcaron ya no existe, fue un mal sueño.

Cierra un instante los ojos... Ábrelos ahora: Todo es nuevo. Puedes amar ya sin límites. Tu luz es visible; para algunos, envidiable. Tu armonía y paz transmiten vibraciones perceptibles que liberan y sanan.

¡Libre al fin! Ninguna ley ni orden te somete, ninguna fe te detiene. Sólo amas. Todo es hermoso, único, irreemplazable.

Tu mirada purifica cuanto ve, tu compasión a todos abarca, tu inocencia es total.

Nada que criticar, nada que objetar, nada por descubrir. De repente has recordado quién eres realmente.

En tu abrazo cabe el Universo, la sabiduría rezuma en tus palabras, tus besos y caricias son constante creación.

Y ahora ve, camina, abre camino. Ya no hay cadenas, ya no hay miedos. Ahora eres tú mismo, quizás... por primera vez.

José Carratalá Lloret

Todas las calles

Todas las calles son la misma calle
y desembocan en igual silencio.
Puertas que se suceden en transcurso
de aceras y de pasos.
Todas las casas tienen su fatiga,
un cansancio de muros y paredes,
algún remordimiento.

Hay puertas que se abren a una fiesta
de pan y de costumbre y de familia,
pero otras muchas tienen un resabio
de piedra rígida o de vidrio oscuro...

Y éstas son las puertas de las casas sin alma,
los ámbitos mojados por el odio,
el aire irrespirable de los sitios enfermos.

Dentro de las marchitas estancias y escaleras
hay otras escaleras hacia los laberintos,
hay huecos sin un gesto ni un hábito ni un roce,
hay un frío latente que sigue goteando.

Todo se advierte muerto: los lavabos,
los espejos que quedan sin azogue,
intratables vajillas, cornucopias
o pianos.

Y los rostros sin ojos y sin boca,
y las gélidas manos y la piel que no besa.
Todo se hace de musgo y decadencia y daño,
todo se va cambiando por distancia o vacío.

Todas las calles son las mismas calles,
pero ya es otro hombre el que camina.

Fco. Alonso Ruiz

EL VIAJE

Carlos venía de un largo viaje cuando arribó a su ciudad, ardía en ansias de verla, de observar cómo había cambiado a lo largo de algunos años. Lo primero que quiso tocar fue la arena de su playa e introducir sus pies en el agua fría de la porción de mar que le había visto crecer, durante su infancia y adolescencia.

El reencuentro con su familia fue satisfactorio. Su padre ya estaba jubilado y pasaba las horas coloreando lienzos, recordando como un flash back en lontananza su juventud.

Su madre había engordado y envejecido, pero todavía guardaba la elegancia y el hechizo de su edad juvenil.

Carlos venía de un largo viaje del que nunca sabremos nada en esta historia.

Todo era como si su interior semejase una película anquilosada, nítida: él recordaba todo a la perfección; mas el tiempo había pasado como una irisada escala de notas, en una pieza musical que ya nunca se detendría.

Había perdido el contacto con sus antiguas amantes, con sus antiguos amigos. Decidió caminar, recorrer paso a paso el centro de su ciudad y recordó súbitamente aquel día en el que llovía tanto en la metrópoli como más tarde llovería en su corazón *Verlaine*. Ese día gélido de un febrero lejano, su novia Enma y él, habían ido a refugiarse en una chocolatería pintoresca donde, a pesar del frío intenso, no se resguardaban más de una decena de personas. Él le cogía la mano, le acariciaba la cara y el pelo, pero ella le apartó las manos violentamente y cuando Carlos quedó expectante, le confesó que se estaba viendo con otro hombre.

Carlos recordaba aún aquella sensación de vacío, de impotencia y rabia, y sobre todo esa esencia melancólica que fue cediendo a la vez que él la esfuminaba en su cerebro al darse cuenta de que aquella chocolatería había pasado a ser, entonces, una taberna de mala muerte.

Carlos consultó su agenda y empezó a telefonear, pero al parecer, salvo en el caso de Catherine, ninguno de sus amigos mantenía el mismo número o no contestaba.

El encuentro con Catherine pretendía ser majestuoso, aquella mujer a la que había conquistado lustros atrás y se había llevado a los labios sus inextricables y dorados cabellos impregnados de sudor, y había gozado de su cuerpo como se goza en la primera juventud: con mucho ímpetu y poca sabiduría.

Su querida amiga fue a su encuentro a las siete de la tarde en el local convenido. Estaba desmejorada. Al parecer, sus trabajos nocturnos le habían pasado factura. Se saludaron afectuosamente, Carlos quiso besarla en sus aromáticos y bien pintados labios, ella los apartó. - Bueno ¿Y qué es de tu vida?

La conversación fue huera, anodina, insulsa, falta de alguna substancia o enjundia que atrajera a nuestro protagonista; pero, sin embargo fue útil:

-Aquí tienes el número de Rafa, llámalo por la noche.

Rafael era músico, un gran guitarrista de jazz, pese a odiar la música de Pat Metheny o quizá por ello. Su problema era que no podía actuar ante más de una quincena de personas porque se bloqueaba, le entraba una fobia irreductible, que nada le había hecho perder.

Le costó Dios y ayuda contactar con Rafael, cuando no salía el contestador, cogía el teléfono una mujer muy antipática e inquisitiva cuya voz resultaba familiar a Carlos (luego su amigo seguía viviendo con su madre, o más cierto: su madre seguía viviendo con él).

A nuestro protagonista, cuando pensaba en Rafael, le invadía una tristeza indefinible, una hermosa *saudade* de aquellos días de borracheras y fiestas, días divertidos de cierta lujuria y hedonismo, días que ya no volverían para combatir el tedio, sino en la remembranza.

Rafael se hacía esperar, habían quedado a las doce y pasaba ya media hora larga. Carlos pensó en irse, pero en ese preciso instante salió la banda al escenario: Voz negra, joven, y femenina, guitarra eléctrica, bajo, piano, saxo tenor y batería. Comenzó el espectáculo con una versión más que digna de *"Love for sale"* cuando aparecía por una de las puertas de acceso al local Rafael, acompañado por una belleza, que debía de tener la mitad de su edad... Sonó el último compás de la canción de Cole Porter y la cantante dedicó el tema siguiente a nuestro entrañable guitarrista, que lo agradeció con una reverencia.

Los dos amigos se abrazaron y, acto seguido, fueron presentados los desconocidos: María y el protagonista de nuestra historia. Pasaron algo más de dos horas rememorando antiguas batallas, recordando aquellos tiempos de locuras y viajes, de antros de mala muerte, donde habían actuado viejas glorias del jazz ya olvidadas... Carlos se fijó en María, llevaba un pelo rubicundo, corto y de punta; de cerca su belleza se transfiguraba en una apariencia decadente, tenía los ojos idos y unas ojeras de no haber dormido bien en varios meses... -¿en qué piensas?- inquirió Rafael. Y Carlos callaba, veía a su amigo, diferente, muy avejentado... Notó un fóbico escalofrío de ansiedad.-¿en qué piensas? - repitió Rafael.

- Me tengo que ir, Rafa, ya nos veremos otro día.

Lo despertó su madre:

- ¡Rafa está al teléfono! ¡Algo grave!

La noticia le golpeó como un puntapié en la espinilla del alma. Su viejo amigo Miguel había sufrido un paro cardíaco aquella madrugada. Estaba hablando con su mujer Ana, cuando se dio la vuelta en la cama para decir sus últimas palabras y morir...

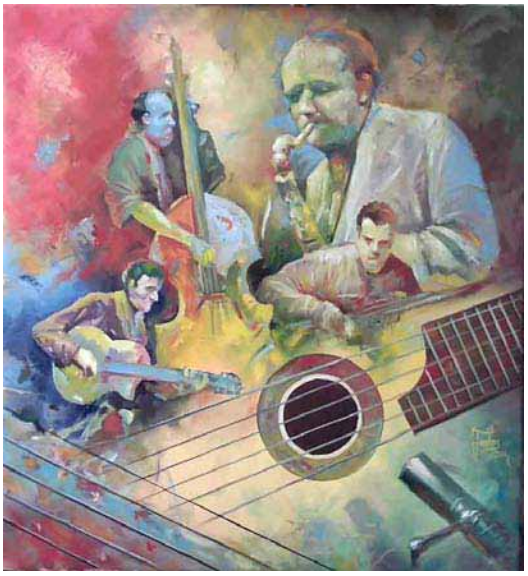
En la conversación anterior entre Rafa y Carlos, aquél no le había mencionado a Miguel (amigo común en el pasado) porque ya hacía algún tiempo que no se trataban.

Ana se sorprendió de la presencia de ambos. Los abrazó, los besó, gimió y lloró...

Durante la misa, el sacerdote habló de un Dios que elegía a las almas bellas para llevárselas consigo. A Carlos este Dios le pareció extremadamente egoísta

Acompañaron los dos amigos a Ana (que estaba rodeada de rostros conocidos) al cementerio. Allí metieron en un nicho, a un saxofonista mediocre, a un dipsómano empedernido, a un pésimo padre, a un mal marido y a un amigo excepcional, pese a

sus continuos altibajos. Carlos recordaba una tarde de estío, en la que había subido mucho la temperatura. Estaban en casa de Miguel (todavía no había nacido su hijo), éste intentaba tocar *"Tenor madness"* junto a otro saxofonista, mas el resultado de su interpretación, quedaba muy por debajo de la de Coltrane y Rollins. Ana disfrutaba, no obstante, de la música, aunque como su casa era pequeña y estaba zarrapastrosa, propuso ir a la playa. Era de noche, el cielo fulgía ígnito. Se acercaron a un chiringuito, donde no tenían noticia de los excesos que ya iba cometiendo Miguel quien, cuando iba achispado era tremendamente divertido. Y allí, Rafael y Mónica (su novia de entonces), Ana y Miguel, Carlos y Catherine, eran felices. Vivían en un mundo reducido, incluso marginal, pero hasta que Miguel y Rafa chocaron, pudieron soñar con otro delicioso. Nuestro guitarrista era muy altivo, a la vez que bromista y cariñoso, era una enciclopedia abierta de la historia del jazz y cuando estaban en *petite comité* les regalaba versiones extraordinarias de Wes Montgomery, y cuando se ponía más blusero de Freddie King.



Aquellas noches de diversión se sucedían como columnas de peristilo, como los arcos apuntados de una majestuosa catedral gótica.

Sin haber superado, aún, el dolor por la muerte de Miguel, Carlos, quiso atar más cabos sueltos, pues para eso había vuelto de su largo viaje. Se propuso visitar a algunos viejos camaradas, sin anunciarse, por no tener más información ni números de teléfono. Rezaba para que no hubiesen cambiado de domicilio. Fue en busca de José. Se dirigió a la que había sido y esperaba que todavía fuera su primera casa propia. Callejeando quiso reencontrar viejos restaurantes, cafés, teterías y se sintió extraño en una ciudad muy cambiada, donde los edificios modernos contrastaban con los vetustos, en una anacronía horrible.

José había sido su mejor amigo durante muchos años, o, al menos eso creía Carlos; si no el mejor, sí el más próximo, al que más frecuentaba. Era un joven negativo en sus pensamientos, amargado por sus deficiencias, de un físico poco agraciado, y de unas ideas que ya casi nadie defendía, en los países democráticos. Pero no todo eran defectos, era un ser generoso, encantador cuando quería, y extremadamente inteligente y voluntarioso. Carlos y José se conocieron cuando éste finalizaba sus estudios de Filología. Fueron presentados por Anabel, una poetastra, cuyo ego vivía de un premio nacional que le habían otorgado en su primera adolescencia. Anabel estuvo enamorada del personaje principal de esta historia y éste, pese a apreciarla como amiga, no quiso abrazar la idea de una relación más íntima,

porque el estado anímico de ella se balanceaba por un constante desequilibrio emocional.

Una noche de fresco agradable, en los umbrales del estío, reunidos José y Carlos, esperaron hasta los límites de la paciencia a su amiga. Carlos la llamó por teléfono. Se oía terriblemente mal una voz entrecortada, que decía, entre gimoteos, que no podía acudir a la cita. Después de escuchar el relato de su amigo, el todavía estudiante de filología, no quiso soportar el plantón y llamando a la poetastra, consiguió quedar con ella en su casa... Aunque pueda parecer raro, a primera vista, Carlos se alegró enormemente de aquel encuentro: años atrás, Anabel, le había amenazado con el suicidio si él...

Llegó a casa de José, la contempló detenidamente: pequeña blanca y azul brillante, pertenecía a un barrio céntrico, pero que en su altura, se silenciaba, y exponía en todos sus rincones flores que lo embellecían. Era un barrio de pescadores que pintaban sus casas de dos pisos con los colores que les sobraban de pintar sus barcas. Este barrio se mantenía idéntico, impoluto, encantador. Llamó al timbre y apareció Luis en bata y en zapatillas de casa. Ambos se sorprendieron, Carlos, por golpear sus ojos con la figura de Luis de quien ya apenas recordaba más que lo imprescindible: viajes, encuentros musicales, noches interminables...A Luis, le faltó santiguarse, no se lo creía, ¡tantos años sin ver a Carlos!

Vivía solo en la casa de José, quien había conseguido su sueño de ser profesor de literatura en algún rincón del sur de la geografía francesa...

-Pero, ¿por qué huiste? Quedamos muchos esperando a que volvieras...

Y así habían permanecido, resistiendo a un olvido involuntario, que se acrecentaba con el paso de los otoños, de las navidades, de los trabajos etc. Carlos no había olvidado tanto como ellos, simplemente había huido porque no aceptaba la vida en su ciudad, con unos amigos cada vez más trasnochados, con alguna amante que no lo quería, había visto las fauces del tedio, la frustración de pasar las noches sin sentido, siendo sus contertulios habituales presas del alcohol, las drogas, y el desquicie. Carlos ya no quería esa vida, ya no quería defender la locura como liberación de los sentidos, como libertad sin límites que encarcelaba. Carlos había vuelto por añoranza, por nostalgia, por echar de menos algo informe, abstracto. Pero al volver comprobó que esa ya no era su vida, que sus amigos habían quedado anclados en un mundo ido, que no había posible marcha atrás, que todo lo que quedaba en su ciudad olía a muerte, que ya no había en su corazón espacio para la decadencia, que él quería vivir una vida de luz, de presente afable y armonioso, de sueño no ingenuo, basado en una realidad palpable...

Carlos tomó el primer vuelo matinal hacia su ciudad.

Sergio Gadea Escudero

La amistad

Se trata de poder apoyar tu cabeza
en un pecho,
sin sentir vergüenza.

Se trata de hablar, hablar, hablar,
hasta que esté bien alta la madrugada.

No se trata de fingir,
de aguantar,
de corregir,
de examinar.

Se trata de reír con ellos,
de buscar la luna entre las nubes
y encontrarla en su sonrisa
y en la tuya.

Se trata de que no es necesaria
la pasión, ni el deseo,
sino la complicidad sin palabras,
la eterna confianza,
su recuerdo en la distancia.

No se trata de fingir,
de aguantar,
de corregir,
de examinar.

Basta con la alegría del encuentro,
con el abrazo del alma,
con sentarse y saber que,
nunca, nada nos separa.

Mercè Sánchiz

Deixem volar els somnis

Deixem volar els somnis
i reclamem el plaer deliciós
del que és prohibit.

Notar la tensió del teu cos
pel frec suau de la mà
sobre la pell.

Mirar-te amb ulls interrogants
i aconseguir la confiança
de la confidència.

Penetrar la teua intimitat
per la perfídia de la carn
i la placidesa del teu rostre.

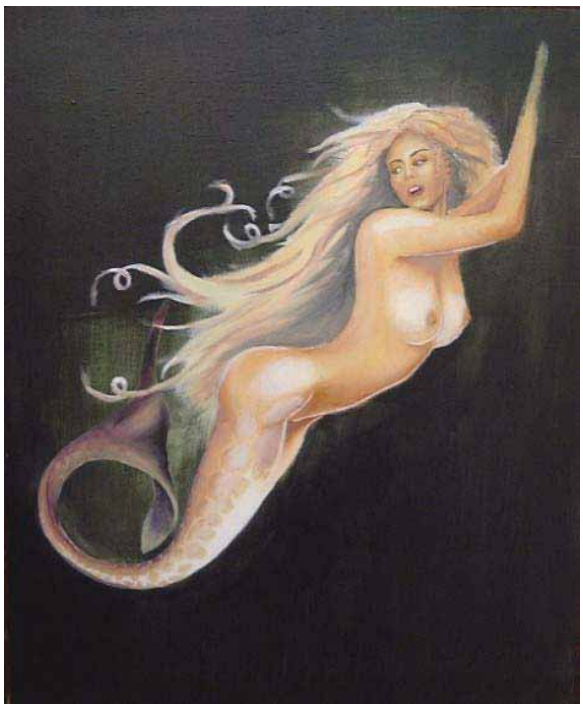
Trepitjar els terrenys perillosos
pel desordre dels sentits
amb mirades carregades de desig.

Perseguir l'amor amb l'angoixa
d'un plaer intens i l'excitació
pels lligams de la tendresa.

Deixem volar els somnis
i reclamem el plaer deliciós
del que és prohibit.

Leandre Iborra

Cabellera



Cabellera de nit i cos de vidre,
magnòlies a la fosca, llavis d'aigua.
Oh dolça criatura que bategues
com un riu de tristesa que retorna.

Era final d'hivern. La casa encesa
reflectia el miracle, la presència
d'un cistell de cireres i ulls de dona.

Cabellera de nit a la pallissa
com un grapat de cendra en el crepuscle,
com un aire de festa, com la gràcia
d'un temple edificat en la foscúria.

Cabellera de nit ara t'evoque
com una carbonissa, tendra i fràgil,
com un esclat obscur, una bandera
al cim d'una coloma blanca i nua.

Vicente Valls

Bombardeo sobre el refugio

Sobre las Guerras-1
Inspirado en la Guerra Civil Española

La prisa,
la huida,
la vida,
el atropello.

Siento el vacío, el silencio,
la angustiosa espera,
la crueldad del eterno tiempo.
Escucho el estruendo,
los desgarradores gritos
de las gentes que van muriendo,
y las piedras volando sobre los muertos.

…Entonces, surge la desesperación,
los nervios, los suspiros,
los lloros, los “te quiero”,
las oraciones del momento.
Una sirena de esperanza suena,
para liberar los pétreos cuerpos,
que lentamente se mueven,
al compás de sus terribles miedos,
que ya se fueron las negras aves,
aquéllas que desataron los fuegos.
El cegador sol se abre paso,
entre las nubes de polvo blanco,
fruto del ataque más despiadado,
de la desolación de los hombres,
que no entienden de abrazos,
y los brazos, que impotentes,
se levantan implorando:
-¡Que alguien pare esta locura
de hermano contra hermano!-
Ojo por ojo,
pierna por pierna,
brazo por brazo,
mano por mano.

Desiertos quedarán los campos,
vacíos los sembrados,
por la muerte y por su daño.

Luis S. Taza Hernández

Un cofre lleno de tesoros

Aunque te quedes sin pupitre,
sigue tomando apuntes sobre la vida.

Amo los ojos que me miran.
La gente que se cruza en mi camino.
A Sancho desaliñado
al Quijote y sus molinos.
A los pueblos, a la vuelta de la esquina
con sus calles empapadas de rocío.
Al galopar del caballo sobre
el Mediterráneo cargado de culturas.
A los recuerdos vividos envueltos
con el papel de la nostalgia.

Amo los ojos rasgados de Cortázar,
la memoria que guarda
escondida las primeras lecturas
de Puskin.

Los recuerdos de aquella escuela
derritiéndose en los cristales
como gotas de miel, el sol
del mediodía.

Oigo todavía en la memoria
los pasos monótonos y cansados
de la abuela recorriendo la casa.
El rezo silencioso de las vecinas
al caer la tarde.

Amo el recuerdo de aquel cielo
lleno de estrellas atentas a mi mirar alzado
y a la desorbitada luna
a punto de estallar.
Las esporádicas y breves
visitas de mi padre.
Al príncipe azul paseando por las
grandes pantallas de algún cine de verano.
Recuerdo los días en que mis hijos
nacieron, manando sangre y vida.

Y sigo amando al hombre que todavía
ocupa mi corazón de punta a punta.

Mati Bautista

CARLOS MARZAL: DE *EL ÚLTIMO DE LA FIESTA* A *FUERA DE MÍ*

Premio Nacional de la Crítica en el año 2001 y Premio Nacional de Literatura en el 2002 por *Metales pesados*; Premio "Antonio Machado" en el 2003 por el poema *Catedral de Inquietudes*; XVI Premio Internacional de Poesía Loewe en el 2004 por *Fuera de mí,* Carlos Marzal, nacido en València en 1961, demuestra, con todos estos reconocimientos de indudable prestigio, que se ha convertido a sus 44 años en uno de los pilares más prometedores y más representativos de la poesía actual. Su primer libro de poemas, *El último de la fiesta,* vio la luz el año 1987 y desde entonces hasta el 2004, en que aparece *Fuera de mí*, Marzal ha publicado cinco libros recientemente compilados por la editorial TusQuets en *El corazón perplejo : Poesía reunida, 1987-2004*,[1] donde, además de las dos obras citadas, se recogen, *La vida de frontera* (1991); *Los países nocturnos* (1996) y *Metales pesados* (2001).

El objetivo de este trabajo se centra en la realización de un breve recorrido por la obra conjunta de este poeta. Soy consciente de que plasmar en unos pocos folios la trayectoria de Marzal, con la profundidad que ese empeño requiere, es tarea poco menos que imposible. Soy consciente de su talla poética, del abanico de ideas que baraja, de la perfección formal de su verso, de la riqueza, precisión y elegancia de su lenguaje, y de la ascendente línea de su trayectoria. Es por eso que estas páginas sólo pueden ser un rápido acercamiento a su arte, un intento de trasmitir las impresiones que la lectura de su poesía reunida me ha sugerido, y una manifestación de asombro ante la profundidad y la madurez de sus versos.

Marzal ha sido enmarcado dentro de la poesía de la "experiencia", pero su poesía, como él mismo explica, no se corresponde con una realidad o una experiencia personal, sino que más bien supone la visión de la vida, con mayúscula, una vez que el poeta la pasa por el tamiz de lo subjetivo, de los sueños, de las ilusiones, de las ideas y, por supuesto, por el trampolín de la ficción. En sus primeras obras de juventud, *El último de la fiesta* y *La vida de frontera,* el poeta, asumiendo el papel de un personaje vividor, sarcástico, arrogante y conocedor de la naturaleza humana, parece lanzar un guiño al lector y decirle: hablemos de la vida, acerquémonos a ella como si de una película se tratara y hagamos que la ficción de la anécdota ajena se confunda con nuestra propia vida. Y de esta forma, desde la perspectiva de la distancia, lógicamente impregnada e influenciada por la experiencia personal, va ofreciendo diversos cuadros puntuales de la vida: el jugador de billar; el juerguista; la prostituta: / *Ya sé que es poco pago una botella,* / *pero quiero creer que hoy nos amamos.* / (p. 51); las locas noches de diversión y de alcohol; las conversaciones con los amigos; la amante de paso, generalmente falaz, inconstante, perversa: /*¿Qué alienta tras tus ojos, qué dios los ilumina* / *y me lleva a pensar que siempre es largo el tiempo?* / *Y lo que aún es más grave, ¿qué veneno prodigan* / *para que yo te crea cuando dices* Te quiero? / (p. 48). El amor deseo o el desamor, enfocados desde una postura escéptica, arrogante y algo misógina, como la del que está de vuelta de todo en el amor, es un tema que se repite en estos dos libros iniciales. Veamos como

[1] Marzal, Carlos. *El corazón perplejo.* TusQuets Editores. Barcelona, 2005. Todas las citas que aparecen en este artículo van referidas a esta edición.

ejemplo unas estrofas del poema “Domingo bajo las sábanas” donde la mujer es presentada como un peligroso objeto de deseo.

¿Quién dijo que cualquier cuerpo fatiga
y aburre, al despertar, por conocido?
Si yo lo dije estaba confundido,
tu cuerpo es la excepción a ese sofisma.

Si no es perfecto, está pensado al menos
para que crezca firme en su interior
esa maldita e inmarcesible flor
del benigno demonio del deseo.

La he llamado maldita porque así
me enseñaron los Padres Dominicos.
Y tenían razón, pues ha hecho añicos
más de un nombre y más de un porvenir.

Pero teniendo en cuenta que el buen nombre
ya lo he echado a perder, y que el futuro
pertenece al azar y es inseguro,
quiero que tu demonio me conforte. (p. 129)

Intercalados entre estos cuadros narrativos sobre personajes o situaciones puntuales, Marzal, unas veces de forma directa, otras utilizando alegorías y parábolas, va desgranando una serie de reflexiones y sentencias desengañadas y desalentadas, acerca del sentido de la existencia, del enfrentamiento que mantiene el hombre con el *lodazal de errores* (p. 32) que es la vida: / *Con frecuencia el vivir* / *es una disciplina lamentable.* / *En la distancia no alcanzamos a ver* / *más que una eterna rueda de infortunios* / *que con nosotros juega mientras nos desposee.* / (p. 32). De esta farsa es imposible escapar, aunque buceemos en ella obnubilados por el alcohol y el vértigo. La vida es una guerra que no tiene fronteras, en la que siempre deseamos llegar a alguna parte, conseguir lo inalcanzable o escapar..., incluso, de nosotros mismos.

En el año 1996 publica *Los países nocturnos* y cinco años después, en el 2001, *Metales pesados.* Ambas son obras centrales de madurez, medulares en la proyección de su pensamiento trascendente, donde la certeza y la incertidumbre parecen darse la mano. En *Los países nocturnos* han desaparecido las bravatas juveniles, la arrogancia, la osadía. El personaje vividor y juerguista, que disfruta de lo que la vida le ofrece, se ha transformado en alguien que aconseja *:* / *No has de buscar la magia de tus días* / *en la noche feroz y su embeleso,* / *en citas victoriosas,* / *en batallas de cama hasta crucificarte.* / (p. 170). En este cambio de registro, y a través de reflexivos y meditados monólogos o utilizando la voz poética de segunda persona, un Marzal pesimista, melancólico, y de nuevo desesperanzado, se interna, fuera ya de la anécdota puntual, en los eternos problemas del mundo, de la vida, y en el intrincado espejo de uno mismo. La persona humana es compleja: / *Cualquier hombre es ninguno, y es legión* / *y es nadie y uno mismo.* / (p. 182). La vida aparece como viaje, como frontera de uno mismo, donde las cosas, a menudo, ocurren de forma diferente a como queremos o esperamos. Se aprecia una continua amargura, un marcado desánimo por lo que no se ha sido en la vida, por lo que no se ha hecho, por lo que ni siquiera se ha imaginado. Una vez que acontece la vida ya no hay arreglo para cambiar lo que fuimos o para ser lo que dejamos de ser, y es en este sentimiento, más que en la muerte misma, donde radica la nostalgia: / *Lo que yo añoro -lo que he añorado a veces -* / *(...)* / *Es ser un no haber sido.* / *Ser un no haber siquiera llegado a imaginarlo.* / (p. 187). La vida es lucha, contienda, laberinto... En un poema precioso

titulado ”Derivas”, Marzal compara la vida con una tarde absurda en la que vagamos a la deriva sin saber adónde ni por qué y en la que ni los pensamientos, ni la lectura, ni la experiencia, ni las ilusiones tienen sentido. Nada se puede esperar y todo se pierde en la noche de la muerte. Es triste y desalentadora la consciencia de esa realidad: / *y el amor y la infancia y sus fantasmas* / *y el jardín y el dolor y la ternura,* / *se pierden vida abajo, a la deriva,* / *rumbo a una noche un poco más absurda*. / (p. 213). La vida es un equilibrio, un azar, en donde cada circunstancia tiene otra posibilidad, otro lado; cada cara tiene su envés. Así, el sol que nos acaricia, el agua que bebemos, la ropa que nos cubre, la piel que acariciamos, pueden significar para otros, según su escenario, muerte, dolor, humillación o castigo. La vida es un paraíso hundido en el que la belleza y el esplendor esconden la podredumbre. La realidad de nosotros mismos, por más que la disimulemos, es también foso de todo lo abominable de lo que somos capaces; un pozo *en el que duermen reptiles.*

Reflexiona Marzal, desde una postura crítica, descreída e irreverente, acerca de la realidad del mundo, del hacer de su creador y de la existencia del Paraíso: / *(...) estoy seguro* / *de que con poco esfuerzo y con menos talento* / *se podría haber hecho de este mundo* / *un lugar habitable, y de sus habitantes* / *otro pequeño mundo en armonía.* / (p. 227). Al compás de este pensamiento, concreta dos observaciones: / *Si el artífice* / *no acertó en este mundo, para qué* / *pensar que iba a acertar en el siguiente,* / *y que ignoro por qué le han encargado* / *trabajo tan difícil* / *al más inepto alumno de la clase.* / (p. 228).

El siguiente paso se concreta en una obra sublime, una obra de auténtica madurez creativa; una composición poética más abstracta, más oscura que su obra anterior; más conceptual, más científica, más sustantiva: *Metales pesados*. Temáticamente, este libro se encuentra en la misma línea meditativa y reflexiva anterior que indaga sobre el difícil hecho de vivir; sobre el universo, el tiempo, la vida, la muerte, el azar, el destino..., sólo que ahora, el poeta se muestra alejado de la amargura y del desánimo, aunque todavía no de la inquietud y del desasosiego. El mismo Marzal se afana en marcar la distancia que separa estos poemas de los anteriores: / *Desde hace ya algún tiempo he moderado* / *la afición melancólica* / *de ver alegorías por principio,* / *en los recodos de la realidad.* / (p. 289). El poeta parece salir del desengaño y olvidar *la eterna brisa trágica que sopla entre las cosas* (p. 288), para considerar que *no hay nada que no encuentre su reverso* (p. 288). Esta dicotomía, ya apuntada en obras anteriores, de que todo en la vida puede ofrecer dos caras, de que todo tiene su contrapunto, le sirve para considerar que, una vez aceptado esto, es preferible buscar la parte positiva de la realidad. Y, aunque confiesa que su desaliento es *un acceso agudo del pensar,* (p. 313) y su nostalgia es crónica, hace esfuerzos para aceptar el mundo tal como es, para admitir el plan de la existencia: / *Desde mi decepción emana la energía,* / *esta serena forma del agradecimiento,* / *esta abatida variedad del júbilo* / *que por no esperar nada se contenta* / *con el culto secreto de las ruinas del mundo.* / (p. 315).

En este libro, el autor nos va acercando, con una gran maestría discursiva y una fascinante hondura meditativa, a temas trascendentes, como la grandeza del universo y la pequeñez del hombre, enfrentado a unos *cálculos infinitesimales* que no puede entender: *el pasmoso suceder de las cosas*, la vejez, la enfermedad, la muerte... El hombre es el resultado de una serie de errores y de conquistas, de multiplicaciones de la especie. Somos la suma de lo que hemos recibido y de lo que el azar nos depara,

una obra de arte de la naturaleza, los *custodios de un metal pesado* que necesitan fantasear sobre sí mismos y reinventarse para sobrevivir.

Metales pesados ofrece otra novedad, una nueva investigación, una nueva perspectiva: la sublimación de las cosas pequeñas y cotidianas, a partir de las que el autor, desplegando una extraordinaria capacidad para la relación y la asociación, extrae sus conclusiones metafísicas. Así, una estación de tren le sirve para reflexionar sobre el transcurrir del tiempo; la amapola sobre lo efímero de la vida; el polvo ejemplifica la mutación de las cosas, sus transformaciones; la tormenta lo lleva a meditar sobre la perfección del mundo; las llamas del hogar le sirven para hablar de la caverna personal donde cada uno de nosotros, de espaldas a la realidad, se apoya en las sombras proyectadas para inventar su imagen y su reino; unas gotas de aceite sobre el pan o sobre el tomate lo conducen a reflexionar que / *en la desposesión está la esencia,* / *en la simplicidad, lo permanente.* / (p. 369); en una tolvanera ve la solemnidad de lo minúsculo; en la llama de una vela, la lumbre de la esperanza. Este anhelo de esperanza es el que invoca Marzal en el poema *El corazón perplejo,* un canto al aliento, al valor y al hecho de estar y de ser: / *Desventurado corazón perplejo,* / *inconsecuente corazón,* / *no dudes.* / *No tiembles nunca más por lo que sabes,* / *no temas nunca más por lo que has visto.* / *Calamitoso corazón,* / *alienta.* / (p. 382).

La esperanza toma cuerpo plenamente en *Fuera de mí*, su último libro, el cual supone de nuevo otro giro, otro punto de mira, ahora en positivo, desde el que el poeta contempla el mundo y extrae bellas lecciones de perfección y de alegría; observa la vida, polimorfa, extraordinaria y enriquecedora; y considera que el hombre es un afortunado poseedor de las infinitas potencialidades del pensamiento, de la experiencia acumulada y de la palabra. Con un desconocido aire optimista, habla de oda, de himno, de aleluya, de fiesta, a la vez que de destierro del pesimismo y de olvido del desaliento y la tristeza: / *Estoy desmemoriado* / *para la desventura y para el luto.* / *En arrogante ceguedad estoy* / *contra cualquier amago de tristeza.* / (p. 467). Esta obra es, pues, un brindis, una celebración del hecho insólito de vivir: / *La vida y el vivir son nuestro hechizo,* / (p. 467), y un reconocimiento a las posibilidades de realización personal que la existencia ofrece: /*Te espera tu sazón,* / *tu simetría,* / *tu mina,* / *tu divisa* / *y tu semilla.* / (p. 475). Todo le sirve al hombre en la espiral del tiempo: el agua de la vida se transforma en tintura, en manto, en yacimiento, en *fósil vivo*, en hontanar, en sustancia orgánica...

En el poema "Ut Pictura" presenta Marzal una declaración de principios en el sentido de resaltar las lecciones que se pueden sacar de las cosas más comunes e insignificantes, como un limón, una sardina, unos lirios, un mendrugo de pan...Cada una de estas formas tiene su contenido y en su poquedad alecciona e inspira. La observación de todo lo que le rodea lleva al poeta a una extrapolación intelectual alumbrada y dirigida por el conocimiento. La contemplación de la luz de una puesta de sol sobre los muros de las casas le induce a considerar a éstas como nido de un hombre que / *... se educa en ser hombre y su trabajo:* / *salir de su guarida a ser feliz* / *y hacer mejor el mundo de los hombres.* / (p. 430). Un pétalo caído, la humildad del musgo, o un día de sol y frío son instantáneas intrascendentes de las que el poeta extrae la trascendencia. Una granada abierta es comparada con la *granazón* de la vida humana; el leve movimiento de un toldo bajo la calima veraniega le sugiere una palpitación cardiaca, y la hogaza de pan, ese *pan que se besa,* al igual que las palabras, que *también sueñan ser migas* (p. 456), son realidades cercanas, útiles y benditas. En la parte última del libro, "Salutación final", el poeta declara que nos ha traído: / *La balsámica flor, la flor etérea,* / *la abstracta flor que aturde nuestras horas:* / *una línea sin más,* / *la vertical fragante en nuestro ensueño.* / (p. 516). Efectivamente, más que presentar la realidad en sí y por sí, *Fuera de mí* supone la abstracción de esa realidad; un movimiento vibratorio hacia la luz; condensación y vivificación del pensamiento; trascendencia y hondura.

En la introducción a *El corazón perplejo,* donde se reúne toda su poesía, Marzal comenta que no se reconoce a sí mismo en los libros anteriores, en el antiguo poeta que los concibió. *Hecho está lo que se hizo* - declara- *y escrito queda lo que quisimos escribir, pero hoy ya no estamos allí, ya no somos el mismo*. (p. 12). Efectivamente existe una cierta y evidente distancia entre el Marzal de 1987 y el de 2004, distancia que se verifica en una evolución a todas luces creativa, en un paso sugestivo hacia la investigación intelectual y hacia el descubrimiento de las posibilidades del lenguaje y del juego verbal; dedicación ésta que da por resultado, en sus últimas obras, una poesía muy trabajada y, en gran medida, conceptista. Tanto en el contenido como en la expresión de este contenido, se marcan diferencias entre los primeros y los últimos libros. En los primeros, frecuentemente escritos en versos rimados, prevalece, sobre el lenguaje simbólico, un lenguaje directo, claro y demostrativo, sin florituras adjetivales, ni lujo innecesario, donde el verbo y el sustantivo aportan la principal carga expresiva y marcan la sustantividad de los temas; / *Evoco su figura en la noche crecida* / *en un bar, entre amigos y música estridente,* / *alargando en exceso su charla intrascendente,* / *mientras apuro un vaso ya corto de bebida.* / (p. 69); en los últimos, generalmente escritos en versos blancos, las asociaciones, las metáforas, las figuras retóricas, la oscuridad gramatical y la dificultad interpretativa, van adquiriendo protagonismo.

Desde este punto de vista estilístico, *Fuera de mí* es la constatación de una trayectoria que ha conducido a Marzal claramente hacia la abstracción y la conceptualización. Abunda en rasgos conceptistas y, al igual que ocurre con la obra de Quevedo, principal representante de esta tendencia, ofrece gran dificultad por la acumulación y la intensificación de recursos formales que presenta. El autor, en un comentario sobre este libro, dijo que lo consideraba una celebración, un himno en el que había bastante "demencia verbal". Esta locura verbal, a la que se refiere el poeta, radica en la presencia de un amplio repertorio de procedimientos conceptuales, figuras del lenguaje y juegos verbales: Las metáforas, como / *La adamantina* / *luz lechosa del alba se difunde* / *sobre el estaño en que deslumbra el mundo.* / (p. 428), las sinestesias y las prosopopeyas, o personificaciones, / *Y qué sabor de aire en la mañana* / *y qué subir al paladar del cielo* / *por nuestra tarde que se va a sus zumos.* / (p. 480) / son muy bellas y abundantes, pero también se prodigan otros recursos más propiamente quevedescos y artificiosos en el sentido conceptista, como ocurre, por ejemplo, con las paranomasias, / *Cuanto está respirando, te respira,* / *criatura inspirada* / *y espirada;* / (p. 450); los retruécanos, / *Licor para su copa,* / *la copa en su licor,* / (p. 472); las antítesis, / *Nada se olvida y nada permanece* / *durante mucho tiempo ante los ojos.* / *El vivir se desnuda, la vida está a cubierto.* / (p. 423); las paradojas, / *No hay nada que no importe, aunque no exista,* / *ni nada que no sea, aunque no importe.* / (423); los paralelismos sintácticos, / *agua en el agua para estar colmado,* / *frescor tras el frescor para andar ágil,* / *cristal sobre el cristal para ir más hondo.* / (p. 427); las concatenaciones, / *Son como son las cosas, porque existen,* / *existen cuando existen, porque son:* / (p.428). Estas y otras figuras más comunes, como aliteraciones, interrogaciones retóricas, comparaciones, etc, conforman un libro muy trabajado en el que el proceso creador alcanza, apoyado en la palabra, altas cotas de abstracción y de asociación simbólica en la plasmación de las ideas.

Aunque en el prólogo a *El corazón perplejo*, el autor afirma que ignora la esencia de la poesía y que desconoce la fórmula para escribir poemas, no puedo dejar de pensar que esta afirmación es una especie de logomaquia, un juego retórico. Marzal sabe lo que hace y sabe hacerlo; y, aún más, dada la extraordinaria coherencia temática y formal que ofrece el conjunto de sus libros, pienso que, podría ser que estos cinco magníficos libros fueran el resultado de un plan estructural, en cierta manera o en algún momento, previsto y establecido.

Rafaela Lillo

Para Carlos Marzal, por su libro *Metales pesados*

Ardiendo estás en ti, corazón entusiasta,
hondero de una piedra que en los cielos se pierde,
tú que el eterno instante
con tus ojos taladras,
viendo en él a la nada
brillante como un astro
que en lumbre transformase
sus entrañas más hondas,
enemigo inclemente
de tangenciales ritmos
que la cadencia ocultan.
Tú que has visto los pájaros
desangrarse en la noche
sin que nadie ni nada
protegiese su vuelo,
muertos porque tenían
un destino implacable
que aguardaba en las sombras
para que pereciesen
sus transgresoras ansias.
Tú que has visto lo efímero
brillar como un diamante
que jamás se oscurece
por mucho que alguien gima
soñando en esmeraldas
que tras la muerte ocultan
su color deslumbrante.
Tú que anhelas fragancias
donde el vivir aliente,
levanta ya la copa del instante que huye
y su mortal veneno
bébelo hasta que llene
tu existencia de júbilo,
míralo fijamente,
y apura hasta las heces
el resplandor que muere.

Manuel Parra Pozuelo

Haikus de invierno

Cuando las noches
nos encubren, los días
nos amenazan.

Cuando la lluvia
nos sorprende, corremos
despavoridos.

Tarde o temprano
todos seremos pasto
de las tinieblas.

Rincón de Haikus
de Mario Benedetti
para curiosos.

Algunas casas
son como cementerios
(individuales).

Mientras los bares
crecen, los alcohólicos
se consolidan.

¿Llegará el hambre
a nuestros intestinos
con indulgencia?

Amanecer
con el canto de un gallo
muchos quisieran.

La vida esconde
lo que la muerte muestra
sin maquillaje.

El río suena
con el aire flamenco
de entre las piedras.

Lucía Espín

SI EL POETA DICE QUE MIENTE, ¿MIENTE O DICE LA VERDAD?

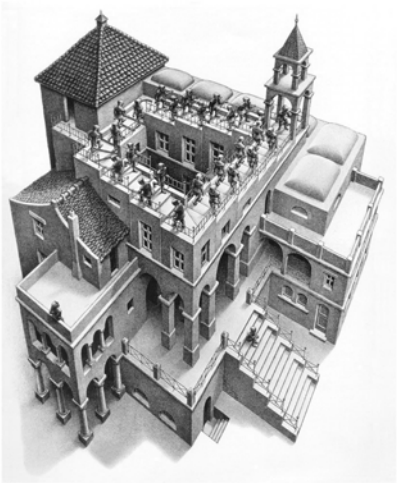
(Una paradoja literaria)

Todo lo expuesto a lo largo de este texto es rigurosamente cierto, a excepción de la última frase del mismo.

El poeta es un fingidor.
Finge tan completamente
que hasta finge que es dolor
el dolor que en verdad siente.
Fernando Pessoa

Paradojas matemáticas, científicas y gráficas.

En un capítulo de su libro *The Picturegoers,* el escritor David Lodge[1] recrea una imagen para la eternidad a modo de icono paradójico, *"piensen,* dice*, en una bola de acero tan grande como el mundo, y una mosca posándose en ella una vez cada millón de años. Cuando la bola de acero desaparezca a causa de la fricción, la eternidad apenas habrá empezado."*



El infinito es la paradoja posible más imposible de todas, *todo* queda contenido en el interior de algo que en realidad *no existe*. El propio significado etimológico (*para* y *doxos*) lo indica de forma contundente "más allá de lo creíble". La paradoja supone una afirmación que, pareciendo ser falsa, es en realidad verdadera. Tan verdadera como falsa.

Pero la paradoja puede ser también una secuencia de razonamientos aparentemente impecables, que conduzcan sin embargo a contradicciones de tipo lógico. Cuidado con esto, esto pasa por paradoja cuando resulta ser tan sólo falacia (no es lo mismo). Por otro lado, habría también que hacer notar la existencia de un tipo específico de declaraciones, cuya veracidad o falsedad pudieran ser indecibles. Esto también sería paradoja, o al menos contendría una reveladora carga contradictoria, *ergo* aquí estaríamos entrando de lleno en el inextricable mundo de la trascendencia y el cognitivismo[2].

Tanto las paradojas de tipo matemático, como las puramente científicas, devienen en algo más que meros juegos de lógica, y nos conducen a desarrollos basados en razonamientos automatizados o a teoremas recursivamente enumerables, como por ejemplo, el primer teorema de la incompletud de Gödel[3], donde queda demostrado que cualquier sistema que permita definir los números naturales es necesariamente incompleto, pues contiene afirmaciones que ni se pueden demostrar ni refutar.

---

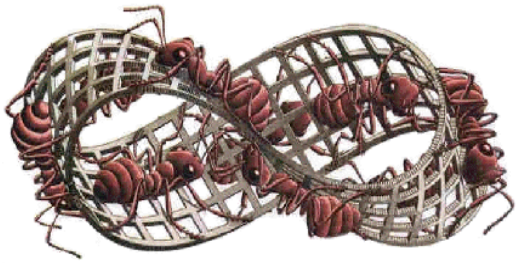
[1] David Lodge. Citado por Singh, Simon: *El enigma de Fermat*. Planeta, 1998.
[2] "*Revolución cognitiva*", basada en los términos "*cognición*" y "*cognitivo*" y que hacen referencia a procesos que tienen que ver con el pensamiento y el conocimiento.
[3] Kurt Freidrich Gödel (1906-1978) uno de los más grandes matemáticos y lógicos de todos los tiempos En 1931 publicó el artículo *Über formal,* donde dio a conocer sus teoremas de incompletud.

A los primeros pensadores griegos les resultaba paradójico que la diagonal de un cuadrado de lado uno no pudiera ser medida exactamente, por finas que se hicieran las graduaciones de la regla.

Este hecho sirvió para abrir el vasto dominio de los números irracionales. Los matemáticos del siglo pasado encontraban enormemente paradójico que todos los miembros de un conjunto infinito pudieran ponerse en correspondencia biunívoca con los miembros de algún subconjunto del dado, mientras que por otra parte podían existir conjuntos infinitos entre los cuales es imposible establecer una correspondencia biunívoca.

Estas y otras paradojas condujeron a desarrollar la que se denominó: moderna teoría de conjuntos, que, a su vez, ha ejercido una profunda influencia sobre toda la filosofía de la ciencia.

Algunos artistas gráficos introdujeron la paradoja como técnica pictórica, mediante una metodología cercana al misticismo. El alemán M. C. Escher[4] plasmó, a principios del siglo XX, en sus estampaciones y litografías, una serie de axiomas ideográficos que sumergían al contemplador en una especie de cuarta dimensión. Escher empleó, con suma sutileza, un recurso netamente paradójico como es la cinta de Möebius[5], para lograr con ello verdaderas obras maestras del arte ilusorio.



En el grabado que muestra a una serie de hormigas circulando por una cinta de Möebius, Escher nos introduce de lleno en lo que vamos a denominar paradojas visuales, la cinta tiene una característica especial: posee una sola cara, no dos, lo que ocurre es que pasa dos veces por el mismo punto con el fin de permanecer de continuo en el mismo lugar, es decir, las hormiga pasarán unas veces por arriba y otras por abajo, mas siempre lo harán caminando hacia adelante.

Paradojas literarias

El famoso micro-cuento en el que Monterroso[6] nos revela aquello de que *"cuando despertó, el dinosaurio todavía estaba allí"*, encuentra su equivalencia micro-paradójica en Sócrates, cuando este proclama su no menos famoso: *"sólo sé que no sé nada*."

El poeta y pensador Machado, Don Antonio, desmitifica la paradoja puramente matemática al aludir en uno de los textos de su *Juan de Mairena*[7] a lo superfluo del conocimiento innecesario, dotando así a lo paradójico, del protagonismo literario que siempre ha merecido.

"Pero dejemos a los relojes, instrumentos de sofística que pretenden complicar el tiempo con la matemática. En cuanto poetas, deleitantes de la poesía, aprendices de

---

[4] Maurits Cornelius Escher. Artista gráfico nacido en los Países Bajos y autor de infinidad de grabados acerca de dimensiones paradójicas y figuras imposibles.

[5] August Möebius. Físico y matemático Alemán (1790-1868) Mundialmente conocido por haber inventado la banda mágica que lleva su nombre.

[6] Augusto Monterroso. (1921-2003) Escritor Guatemalteco, Máximo exponente del género más breve de la literatura: el micro-relato.

[7] Antonio Machado. *Juan de Mairena*, *Obras Selectas,* pág.707. Edit. Espasa, Col. Autral Summa (1998).

ruiseñor, ¿qué sabemos nosotros de la matemática? Muy poco. Y lo poco que sabemos nos sobra. Ni siquiera han de ser nuestros versos sílabas contadas, como en Berceo, ni hemos de medirlos, para no irritar a los plectros juveniles. Y en cuanto metafísicos, -he aquí lo que nosotros quisiéramos ser-, en nada hemos de aprovechar la matemática, porque nada de lo que es puede contarse ni medirse."

A lo largo de la historia de la literatura, encontramos una serie de autores que en sí mismos fueron tremendamente paradójicos. Decían del escritor Ramón Gómez de la Serna, *"que tenía tan mala memoria, que un buen día se olvidó de que tenía mala memoria y se acordó de todo"*. Este polifacético autor recrea en sus *greguerías* las múltiples posibilidades de la paradoja literaria: *"La balanza es por naturaleza propensa al robo,* sentencia Don Ramón, o esta: *Si la realidad es apariencia, resulta que la apariencia es la realidad, eso si no es la realidad la apariencia de la irrealidad."*

En cierta ocasión oí decir a la escritora Maruja Torres que *"los principios hay que podérselos pagar, pero que era paradójico porque cuando alguien puede pagárselos, raramente siente uno la necesidad de ellos."*

Asimismo, existen las que se denominan "referencias axiomáticas". Se trata de fragmentos textuales basados en silogismos que derivan siempre en planteamientos irrefutables pero inciertos, como la definición de la palabra Lógica que incluye el escritor Ambrosse Bierce[8] en su *Diccionario del diablo.*

"Lógica: Arte de pensar y razonar en estricta concordancia con las limitaciones e incapacidades de la incomprensión humana. La base de la lógica es el silogismo, que consta de una premisa mayor, una menor y una conclusión, por ejemplo:

Menor: Un hombre puede cavar un pozo para un poste en sesenta segundos.

Mayor: Sesenta hombres pueden realizar un trabajo sesenta veces más rápido que un solo hombre.

Conclusión: Sesenta hombres pueden cavar un pozo para un poste en un segundo."

Las premisas son correctas, la conclusión, no. Esa es la paradoja.

"Los caníbales de una tribu se preparan a comerse un misionero. Deseando demostrarle una vez más su respeto a la dignidad y a la libertad humana, los caníbales proponen al misionero el decidir él mismo de su suerte haciendo una breve declaración; si ésta es verdadera, el misionero será asado, y si es mentira será hervido. ¿Qué debe decir el misionero para salvar su vida."

Es del todo seguro que la conocida paradoja de Godement[9], descrita en el párrafo anterior, está inspirada en uno de los textos que aparecen en la magna obra Cervantina[10]. Desde el punto de vista de su contenido temático, nos encontramos ante un tipo de paradoja referencial exactamente igual a la citada en el Capítulo LI de la Segunda Parte del Quijote. En él, se hace referencia a un episodio del gobierno de Sancho Panza en la Ínsula Barataria en la que Sancho ha de tomar, y de hecho toma, una sabia decisión.

"Dividía un caudaloso rió a un mismo señorío, sobre este río estaba una puente, y al cabo de ella una horca y una como casa de audiencia, en la cual de ordinario había cuatro jueces que juzgaban por la ley que puso el dueño del río, de la puente y del señorío, que era de esta manera:

Si alguno pasare por esta puente de una parte a otra, ha de jurar primero a dónde va y a qué va; y si jurare la verdad, déjenle pasar, y si dijere mentira, muera por ello ahorcado en la horca que allí se muestra, sin remisión alguna

---

[8] Ambrosse Bierce. *Diccionario del diablo*, pág.93, Clásicos de la literatura. Edit. Edimat.

[9] Roger Godement. Matemático francés es coautor del Teorema de Bochner-Godement y autor de múltiples textos de álgebra abstracta y análisis matemático.

[10] Miguel de Cervantes Saavedra. *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de La Mancha* (Cap. LI, pág. 812), Edit. Alfredo Ortells.

Sucedió, pues, que tomando juramento a un hombre, juró y dijo, que para el juramento que hacía, que iba a morir en aquella horca que allí estaba, y no a otra cosa.

Repararon los jueces en el juramento y dijeron:

- Si a este hombre le dejamos pasar libremente, mintió en su juramento, y conforme a la ley debe morir; y habiendo jurado la verdad, por la misma ley debe ser libre.

Pídese a vuesa merced, señor gobernador, ¿qué harán los jueces de tal hombre?"

Como se ve, ninguna decisión hará cumplir la ley. ¿Qué hacer entonces? Sancho Panza sentencia de la siguiente manera:

"- Venid acá, señor buen hombre, respondió Sancho; este pasajero que decís, o yo soy un porro, o él tiene la misma razón para morir que para vivir y pasar el puente; porque so la verdad le salva, la mentira le condena igualmente; y siendo eso así como lo es, soy de parecer que digáis a esos señores solverle, que le dejen pasar libremente, pues siempre es alabado más el hacer bien que mal; y esto le diera firmado en mi nombre, si supiera mejor firmar; y yo en este caso no he hablado de mío, sino que se me vino a la memoria un precepto, entre otros muchos, que me dio mi amo don Quijote, antes que viniese a ser gobernador de esta ínsula, que fue cuando la justicia estuviese en duda, me decatase y acogiese a la misericordia; y ha querido Dios que agora me acordase, por venir en este caso como de molde". Alabado sea Sancho por agregar a la cordura unas gotas de bondad. Alabado por pensar lo que iba a decir, antes de decir lo que pensaba.

Y hablando de decir, dice el escritor Eduardo Galeano[11], *"que si la contradicción es el pulmón de la historia, la paradoja es el espejo que la historia usa para tomarnos el pelo."*

Dice también, que "ni el propio Hijo de Dios se salvo de la paradoja. Eligio para nacer un desierto subtropical donde nunca nieva, pero la nieve se convirtió en un símbolo universal de la Navidad, y para mas INRI, el nacimiento de Jesús es, hoy por hoy, el negocio que más dinero da a los mercaderes que Jesús había expulsado del templo". Dice también que hay *decires* paradójicos en sí mismos *«Te noto nerviosa» dice el histérico. «Te odio» dice la enamorada. «Los militares respetan la constitución» dicen los militares, en vísperas del golpe de estado.* Y finaliza citando la mas ácrata de las paradojas *"La barricada cierra la calle pero abre el camino."*

Literariamente hablando, no se podría dejar sin mencionar la denominada *Paradoja de Tristram Shandy*[12], en la que Bertrand Russell cuenta cómo este *"empleó dos años en historiar los primeros dos días de su vida y deploró que, a ese paso, el material se acumularía invenciblemente y que, a medida que los años pasaran, se alejaría más y más del final de su historia. Russell afirma que si hubiera vivido para siempre y no se*

---

[11] Eduardo Galeano. *El libro de los abrazos "Paradojas",* Pág.114. Edit. Siglo XXI.

[12] Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares. *Cuentos breves y extraordinarios*. Pág.125, (Citando a Bertrand Russell) Edit. Losada, Clásicos Universales.

hubiera hartado de su tarea, ninguna etapa de su biografía hubiera quedado inédita. Hubiera redactado el centésimo día en el centésimo año, el milésimo día en el milésimo año, y así sucesivamente. Todo día, tarde o temprano, sería redactado. Esta proposición paradójica, pero verdadera, se basa en el hecho de que el número de días de la eternidad no es mayor que el número de sus años."

El Borges cabalista, el magno hacedor de designios intangibles e improbables revelaciones, el que incorpora al contador invisible de las edades un aura infinita e intemporal, es el mismo Borges que hace uso de la paradoja cuando dice en referencia a los pueblos de provincia: *"no hay uno que no sea idéntico de los otros, hasta en lo de creerse distinto."* En un pasaje de una de sus inconmensurables narraciones, aproxima el concepto paradójico del tiempo al límite de lo cognitivo mediante este *argumentum ornithologicum*[13]:

"Cierro los ojos y veo una bandada de pájaros. La visión dura un segundo o acaso menos; no sé cuántos pájaros vi. ¿Era definido o indefinido su número? El problema involucra el de la existencia de Dios. Si Dios existe, el número es definido, porque Dios sabe cuántos pájaros vi. Si Dios no existe, el número es indefinido, porque nadie pudo llevar la cuenta. En tal caso, vi menos de diez pájaros (digamos) y más de uno, pero no vi nueve, ocho, siete, seis, cinco, cuatro, tres o dos pájaros. Vi un número entre diez y uno, que no es nueve, ocho, siete, seis, cinco, etcétera. Ese número entero es inconcebible, ergo, Dios existe."

Con respecto a la poesía paradójica, el poeta John Donne[14] nos regala un bello poema en el cual se asume desde el principio, a modo circular y *ad infinitum*, que no hay final posible.

Una despedida: prohibido el duelo

Si ellas son dos, son dos como
los rígidos pies gemelos de un compás lo son;
tu alma de pie fijo, no da muestras
de moverse, pero lo hace si el otro se mueve.

Y aunque en el centro se asienta,
sin embargo, cuando el otro lejos discurre,
se inclina y se afana por él,
y se yergue erecto cuando aquel retorna.

Tal serás tú para mí, que debo
como el otro pie correr oblicuamente;
tu firmeza hace mi círculo exacto,
y me hace terminar donde empecé.

Pero si hay un maestro en el arte de la paradoja literaria, este es Lewis Caroll. Escribió un delicioso libro a modo de cuento ecléctico, plagado de referencias paradójicas que tituló "*Alicia en el país de las maravillas*". En uno de los puntos álgidos de la narración, Alicia pregunta al gato de Cheshire[15] por el camino correcto…

"Menino de Cheshire, empezó algo tímidamente, pues no estaba del todo segura de que le fuera a gustar el cariñoso tratamiento; pero el Gato siguió sonriendo más y más. ¡Vaya! Parece que le va gustando, pensó Alicia, y continuó: ¿Me podrías indicar, por favor, hacia dónde tengo que ir desde aquí?

---

[13] Jorge Luis Borges. *El Hacedor*, Pág. 22. Edit. Emecé, Buenos Aires 1967,
[14] John Donne (1572-1631) Poeta, prosista y clérigo inglés.
[15] Lewis Caroll. *Alicia en el país de las maravillas,* (Cap. 6 Pág.110), Edit. Alianza Editorial.

Eso depende de a dónde quieras llegar, contestó el Gato.
A mí no me importa demasiado a dónde..., empezó a explicar Alicia.
En ese caso, da igual hacia dónde vayas, interrumpió el gato.
...siempre que llegue a alguna parte, terminó a modo de explicación.
¡Oh! Siempre llegarás a alguna parte, dijo el gato, si caminas lo bastante."

Querría para finalizar, constatar el hecho de que las paradojas no sólo planteen preguntas, sino que también sean capaces de responderlas y si no, observen esta paradójica anécdota a modo de cuento breve…brevísimo:

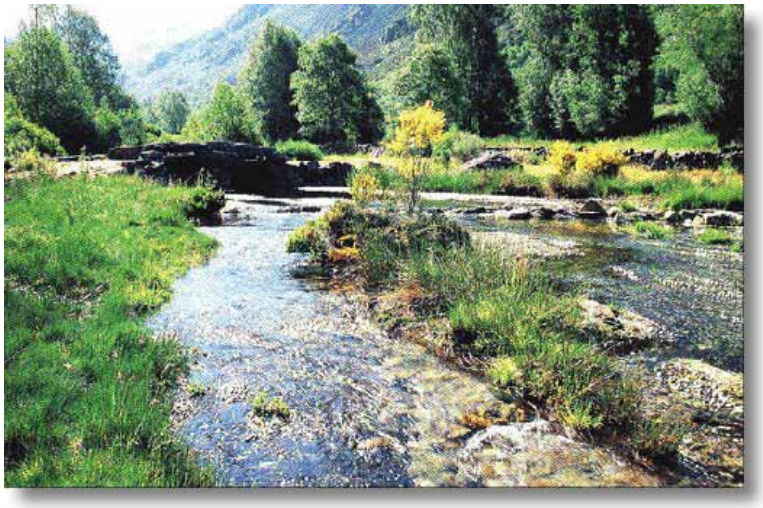
"Durante el transcurso de una película uno de los personajes le dice a otro: fulanita fue asesinada. Creí que se había suicidado, le objeta el otro. No, fue un asesinato, se odiaba, replica el primero."

Meditad sobre ello.

Todo lo expuesto a lo largo de este texto ha sido rigurosamente falso a excepción de la primera frase del mismo.

Fco. Javier Fernández

Junto al río



Junto a unos helechos de seca hermosura,
brillaba su cuerpo.
Lívida la aurora, rutilante el cielo,
a la madrugada nos dimos un beso.
El aire plagiaba
trinos ruiseñores entre la arboleda,
murmurando el río misteriosos sones
de lúdicos sueños.
Ella y yo embriagados de brisas nocturnas,
de soles lejanos y góticas sombras
volvimos al beso.
Desde las estrellas nos llegaba, tenue,
como si un suspiro rizara corcheas
la voz del silencio.
Luego nos amamos, libando mi boca
-entre mil pistilos de azabache lumbre-
la voz de su cuerpo.
Alba estremecida, yo de amor sediento,
después de adorarnos y de embrutecernos
una nube oscura,
triste como un roble que partiera un rayo,
ya sin besos de agua ni vanas promesas
puso luto al cielo.
Ella era una niña.
Yo era un niño viejo.

César Rubio Aracil

Vista cansada

No se muera vuestra merced, señor mío,
sino tome mi consejo, y viva muchos años;
Porque la mayor locura que puede hacer un
hombre en esta vida es dejarse morir, sin más
ni más, sin que nadie le mate, ni otras manos
le acaben que las de la melancolía
Quijote, II, 74

Tu vista está cansada: ¿cuántas horas
lleva sobre los pliegos
ávida, vigilante del torrente
fabulador, ceñido mal
a los severos cauces de la estética?

Desde el letuario que desayunaste,
apenas has comido. Limonada,
limonada sólo, con mucho azúcar,
que, puntual, cada hora
Catalina te trae resignada y distante.
No es bueno tanto líquido
para tu hidropesía;
te lo han dicho los médicos.
¿Y ella qué sabe?
Francisco Robles, tu librero tahúr,
te ha adelantado ochocientos reales;
la otra mitad...

Auque el apremio es otro.
Quítate los anteojos: parecen, en efecto,
dos huevos estrellados, de mal hechos.
Te urge el orgullo (vanidad no tuviste,
por falta de ocasión quizá, o porque fuiste
lo suficientemente inteligente); te urge
tu arrogancia ultrajada
por el silencio cómplice,
cuando no el salivazo:
Nadie tan necio que el Quijote alabe.
¡Cuánto dolor supuran las heridas
que tú mismo te encargas de exhibir
ante tus enemigos!
Sólo debilidad son tus baladronadas:
"Yo soy aquél que en la invención excede
a muchos"."Doy a entender que yo
soy el primero
que he novelado en lengua castellana".
Lo sabe todo el mundo.
Lo sabe Lope, que te está imitando,
y Góngora, *a quien temes*
agraviar con tus cortas alabanzas,

y Quevedo que calla.
Lo saben y te ignoran. Te han negado
la sal y el pan de un mísero soneto
de prólogo al Quijote. Los *Lupercios*
te han excluido ante el conde de Lemos
en su corte de Nápoles.
Ninguno de ellos,
cuando tu hidropesía te destruya
irá en la comitiva de tu entierro,
y no donará nadie
la limosna de un verso
para unas loas póstumas
como es costumbre hipócrita.

Bebe un sorbo de agua limonada.
Descansa un poco. Mira por la ventana
cómo gallea Lope por la acera
en compañía de su nueva coima,
la linda Marta, tan insultante
mente hermosa y joven. ¡Putañero!
Y luego sigue, sigue, sigue.
No te entretengas más con la hija de ricote;
abrevia ya la estancia en Barcelona:
se hace imposible
sostener por más tiempo
el peso de los sueños;
no hay adarga
para tanta quimera en carne viva,
a la intemperie
de caminos y duques carroñeros.
Mata a Alonso Quijano de cordura,
aunque el sueño de la razón
produzca monstruos
que te den muerte de melancolía.

Bebe. Sé consecuente
con el azúcar que te está matando,
con la aceda verdad que has alumbrado:
no es literatura crónica de áureos dioses,
sino ejercicio estricto, solitario
que indaga entre las sombras
un rayo de heroísmo que nos salve.
Solo. ¿De qué te quejas?
Solo irás a la tumba
con la pobre estameña de hermano franciscano,
mas descubierto el rostro
para que reconozca
la eternidad tu nombre, el regocijo humilde
e inmenso de ser hombres.

Nemesio Martín Santamaría

Rescate de sangre

Aura de luz. Foto: Mª José Arques.

Quizás una verdad, marcada y sola,
barrida en los azares del destino,
pudiera esclarecer el acertijo
que comparte la parca con el mundo.

Profunda y sincera.
Perpetua y latente.
De fuerza imbatible,
su afable carácter.

Quizás fue una célula que halló su camino,
flotando en el útero rojo, donde un hijo,
al dejar su mensaje de poder rotundo,
firmó en la plenitud de un limpio cromosoma,
un arreglo de sangre y bienaventuranzas.

Se hizo carne el verbo,
con la misma pasión de un ósculo venéreo,
mas la terca y devastadora muerte,
negra e inquisidora,
ensaya y practica su impura jugada,
de maldita crueldad inmisericorde.

María José Arques

CON TODOS LOS SENTIDOS

Al este de Alicante, al pie del Raval Roig, nos detenemos ante el número 11 del emblemático Paseíto de Ramiro, aquí vive una persona entrañable: José Espadero, y no es de extrañar que resguardado por la sombra del Castillo, además de llevar el arte en sus venas, lo respire, lo viva y lo haga suyo, fundiendo todas sus facetas artísticas e innovadoras, para mostrárnoslas con la sensibilidad e inteligencia que caracteriza a los grandes creadores. Es un artista autodidacta en el más amplio sentido de la palabra a la vez que discípulo de grandes maestros del baile flamenco como: La Quica, Los Pericet, Charo Contreras, etc. Y en Clásico de: Enriqueta Ortega, Juan Tena, Marina Noreg, etc... Con ellos fue adquiriendo técnica y perfeccionamiento. Espadero es sin duda el bailarín alicantino más famoso y popular de la segunda mitad del siglo xx, ya inscrito en la historia viva de Alicante.

A los dos años y medio, comenzó a dar sus primeros pasos de baile en el Teatro Orfeón de Alicante, situado en la calle Gerona. Era un niño simpático que se movía con gracia y sabía estar sobre un escenario. Corrían los difíciles años cincuenta y aquel pequeño bailarín era solicitado para actuar en festivales, obras benéficas y galas que realizaba Radio Alicante, dirigidas por el maestro López Escudero.

José Espadero durante la entrevista. Foto: Fco. Javier Fernández

Conoce a Paquita García Cortés, otra bailarina, con la que establece unos fuertes lazos profesionales y de amistad. Trabajan juntos como pareja, pero Paquita será algo más que eso; será su confidente, su apoyo, su otra mitad.

A los catorce años, se presenta a un examen para obtener el carné de bailarín profesional. Sus padres, que imaginaban de otra forma su futuro, se oponen. No es de extrañar. Aquellos eran años duros y la farándula ni estaba bien vista ni rendía lo suficiente. La suerte quiso que el representante de Juanito Valderrama y de Antonio Machín los viese actuar; los reclama para su espectáculo, aceptan y con él recorren la Península. La madre del bailarín, como no podía ser de otra forma en esos años y ya hecha a la idea de la vocación de su hijo, deja sus labores de ama de casa para convertirse en la madre del artista y acompañarlo, junto con Paquita, por toda la Piel de Toro.

El Servicio Militar lo devuelve otra vez a Alicante y, en esta ocasión, será el maestro Oscar Esplá quien se interese, ofreciéndole impartir clases de danza en el Instituto homónimo que fundó la Caja de Ahorros del Sureste. Así, después de jurar bandera y, durante dos años y medio, Espadero cambia su traje de recluta por el de bailarín.

La tarde se va adentrando por la agradable estancia cargada de recuerdos, mientras fluye, animada, la entrevista, sólo interrumpida, de vez en cuando, por el flash que dispara Javier inmortalizando los momentos. Apenas es necesario hacer preguntas ya que el artista hilvana los recuerdos y narra su trayectoria con voz templada, voz que acompaña, para rubricar los hechos, con la mímica delicada de sus manos. Mientras, el fulgor de la felicidad brilla en sus ojos. Es curioso constatar cómo, según va avanzando la conversación, nos vamos sintiendo más identificados con su entorno. Su sensibilidad se palpa en cada rincón: cuadros de bodegones, de imágenes, de paisajes, esculturas, fotografías, colección de muñecas, bordados, vírgenes... Se confiesa un devoto de ellas, vírgenes a las que diseña trajes ornamentados con hilos de seda y de oro, como el que bordó a la Virgen del Remedio para su coronación o los diferentes trajes y mantos que realizó para la Virgen de la Esperanza de la Iglesia de la Misericordia. Nos confiesa que en el arte del bordado fueron las hermanas Martín Cruz de Sevilla las que le ayudaron a desenvolverse y perfeccionarse, aunque él, llevado de su vena autodidacta, ya había venido haciendo algunas incursiones en esta actividad artística.

Lo suyo ha sido una lucha constante por crear, por experimentar cosas nuevas, tanto es así que, durante su vida profesional, compaginó el baile y la coreografía con su gran afición: el bordado, los encajes de bolillos, frivolité o ganchillo. Acude a menudo a Sevilla, y se siente orgulloso de pertenecer a la Hermandad de la Esperanza Macarena y del Cristo del Gran Poder de esta ciudad andaluza.

Cuando el Instituto Musical *Oscar Esplá* de Alicante pasa a ser Conservatorio de Música y Danza, José Espadero se presenta en Madrid para obtener plaza en este Centro, consiguiendo el número uno en la Cátedra de Danza. Marienma, Lucero Tena, Ernesto Halffeter y José Antonio Alonso Millán, fueron los grandes artistas que componían el jurado. También por entonces se crea el Ballet Estudio *José Espadero*, que recorre en sus giras España, Alemania y Francia. Esta compañía estuvo considerada la más grande después de la que integraba el Ballet Nacional, y él fue comparado con el bailarín Antonio, un genio en su arte.

Nos confiesa que es un perfeccionista. Se exige y exige el máximo a los componentes de su grupo. Nada de improvisación, sino la seguridad que dan los repetidos ensayos. En cuanto a su persona comenta que, aunque los nervios se apoderaban de él cada vez que comenzaba un espectáculo, desaparecían cuando pisaba el escenario y se levantaba el telón. En esos momentos, Espadero se crecía dentro de él y se olvidaba de todo lo que no fuera la música a la que tenía que dar vida con su arte, de todo lo que no fuera transmitir al público, con la fuerza que él la sentía, la magia de la danza. Por todo ello, en 2003, el Consell Valencià de Cultura lo propone para el Premio Príncipe de Asturias

Como anécdota que evidencia su genio y su creatividad, me gustaría recalcar un hecho significativo: una de las piezas que se resistía a poner en escena era *El Bolero de Ravel*, ya que pensaba que era una composición machacona y repetitiva, pero descubrió, en solitario, al escucharla frente a las orillas del Mediterráneo, al igual que hacía habitualmente con otras composiciones, que se inicia con un instrumento, al que siguen dos, cuatro, cinco y, así, a imitación de este ritmo, fue creando su coreografía. Primero salía él a escena y a continuación, sucesivamente, se iban incorporando tantos bailarines como instrumentos. Esta idea resultó todo un éxito del que se siente orgulloso. También merecen mención otras innovaciones musicales, cuya práctica ha llegado hasta nuestros días, como la fusión del tango con el flamenco. Definitivamente se decantó por el ballet clásico español y por la escuela bolera, adquiriendo sus espectáculos una vistosidad y elegancia poco comunes.

En este recreado paseo por su vida y su obra, el bailarín nos ofrece de nuevo el recuerdo entrañable de Paquita, que casó con el hijo del actor teatral alicantino Paco Hernández y de la gran amistad que hubo entre los tres. Inaugura, junto a ella, la

primera Sala de Fiestas de Benidorm a la que le seguirían otras y diversos espectáculos. Sólo la muerte pudo interrumpir esta comunión entre ellos. Espadero recuerda este hecho con tristeza. Estaba en Nueva York. Se encontraba en el camerino, maquillándose, cuando recibió la fatal noticia del desenlace. No pudo debutar, o no quiso pisar el escenario esa noche abrumado por el prematuro final de la vida de Paquita, que falleció con tan sólo cuarenta años.

El salón de la casa del artista. Foto: Fco. Javier Fernández

En continua pugna compiten sus aficiones por imponerse unas a otras, sin llegar a romper este círculo, porque todas ellas nos conducen a la creación, al arte, la belleza, en definitiva al escenario de la vida, magnificado en sus sueños hechos realidad.

Se jubila en plenitud de poderes y facultades, y cede sus trajes, junto con los de su compañía, diseñados y confeccionados por él, al Conservatorio Profesional de Música. Esta institución considera que por su dedicación, su trabajo pedagógico, su creatividad y entrega es el momento de que el Conservatorio Superior de Danza pase a llamarse José Espadero.

Según sus propias palabras: *hay que retirarse a tiempo y dar paso a las nuevas generaciones.* Es de justicia destacar este gesto de humildad y compresión hacia los nuevos valores artísticos, hacia sus alumnos a los que les ha sabido transmitir su buen hacer sobre el escenario. Desde hace dos años, el Ballet *José Espadero* ha pasado a llamarse *Azahar*. Lo integran seis bailarines presentes en su última etapa de actividad artística: Gema Gómez, Lola Donate, Cristina Alfonso, Mar Mira, David Burjalance y Vanesa Jover.

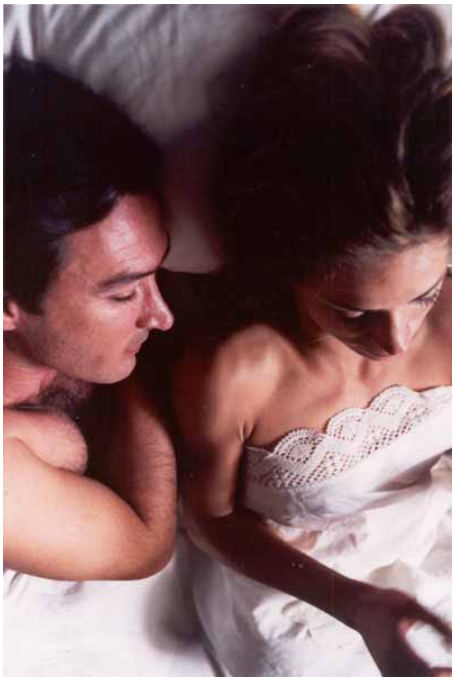
La mayoría de las veces, vivimos más cerca y son más cercanas a nosotros las personas que van dejando la huella de su sabiduría por la historia de nuestra ciudad.

Nuestro entrevistado nos muestra el resto de la casa, vitola de un perfeccionista, cómplice fehaciente de su arte. He de reconocer que me ha sorprendido gratamente que un hombre con tantos galardones, homenajes, distinciones, y premios importantes a su constancia y entrega, sea una persona tan amable y sencilla en el trato. Llega la hora de despedirnos. La conversación ha sido muy agradable. La visita, un placer. Tanto, que quiero recalcar que José Espadero, este gran artista alicantino, además de poner su casa a nuestra disposición, nos ha brindado algo que es mucho más importante: nos ha ofrecido su alma al descubierto.

Al traspasar la puerta del gran portalón de su casa y pisar la calle, la noche ya se había adueñado de los árboles centenarios del Paseíto de Ramiro. Javier y yo caminamos bajo la escarcha invernal con el espíritu caldeado por la visita.

Mª Amparo Benito Díez

Con el sabor amargo de sus labios



Noche tras noche arribo
insatisfecho hasta la misma cama,
con el sabor amargo de sus labios,
y no encuentro en los textos
la magia de su cuerpo sobre el mío.
¿Y por qué no inventamos
un mundo para amarnos,
regado por la lluvia, pájaros sucesivos,
inocencia sin brumas?
Arriba un sol coloreado en rojo,
que absorba la pasión de nuestros corazones.
Póngase, señorita, esos tacones altos,
esa ropa ajustada...
Vayamos a las fiestas de sus amigos ricos
y jamás degustemos su estéril cocaína.
Vayamos otra vez
al cuarto de las velas con perfume suave
y hagamos
el amor como dos desconocidos.

Sergio Gadea Escudero

TRAS LOS PASOS DE LA VIAJERA EN COMPOSTELA

La viajera se apea del tren en la hermosa estación de ferrocarril de Santiago de Compostela. Llueve. Lenta y templada la llovizna moja la piedra. Sube con lentitud la cuesta del Hórreo que la lleva al centro de la ciudad. Sigue lloviendo dulcemente. Los soportales la acogen como a una vieja amiga, oscuros y serios.

Se detiene y contempla a los transeúntes que, en grupos, se paran en los comercios de recuerdos, miran y remiran los objetos típicos. Es la rúa del Villar, donde abundan las joyerías de plata, nácar y azabache. Los compradores proceden de todas las partes del mundo. Se cubren con chubasqueros de colores, frágiles al viento, parecen alegres mariposas posadas en la severidad pétrea.

Desde el umbral de los soportales, contempla la plaza de las Platerías, la elegante Fuente de los Caballos; la larga escalinata y la fachada más antigua de la catedral, con la airosa Torre del Reloj. A su izquierda, los arcos bajos que alojan las tiendas de los plateros le recuerdan el mercantilismo con el que gravó, económicamente, el obispo Gelmïrez la piedad de los peregrinos. La portada de las Platerías le ofrece el doble pórtico separado por un racimo de columnas y sus triples arcadas. Se suceden las figuras del Antiguo y Nuevo Testamento. En el tímpano de la izquierda, demonios de fantásticas cabezas reciben a los pecadores, y el impresionante encuadre de *La mujer adúltera,* (según Lourdes Ortiz es la figura en piedra de Urraca, reina, mandada tallar por Gelmírez para perpetuar el pecado de adulterio de ésta), aparece recostada en una postura sugerente y lasciva. En su regazo una calavera, para escarnio de los que la miren, presenta un escalofriante realismo. Entre las dos portadas, la figura del Salvador, en actitud de bendecir con eterna misericordia, es una hermosa imagen coronada, con barba y cabellos ensortijados, mirar dulce y, en el gesto de su boca, un rictus como de sonrisa. La piedra habla. No puede abstraerse a su encanto, es increíble cómo en la piedra se consigue el movimiento de las criaturas.

La adúltera

Una larga mirada a la derecha le muestra parte de la Quintana, Quintana de Muertos, una plaza impresionante que, en los atardeceres del otoño, se matiza *del gris al topacio,* como dicen los versos de Manuel Machado; en los días de sol se vuelve de oro, se enciende esplendorosamente. Hoy, mojada y sobria, brilla como un diamante. Los turistas toman fotos bajo la lánguida lluvia. La viajera se pregunta cómo a principios del siglo XXI hay tantos peregrinos. ¿Qué mueve al penitente a emprender la ruta del perdón? ¿La compra de las indulgencias? ¿La compra del cielo? ¿Después de gozar las pasiones, de saborear lo

prohibido, de forma tan fácil se consigue la gloria? Hambre que no se acaba arde en el tiempo de la nada, eso es el infierno. ¿Por qué vas a Compostela, peregrino?

Ensimismada con las contradicciones, entre el gentío y el creciente rumor, que no es de rezos, entra en el recinto catedralicio. Es acogida por las bóvedas de cañón y la cúpula octogonal, de la que pende el botafumeiro. Los turistas lo invaden todo. Se dirige a la nave central y se sienta bajo el órgano majestuoso.

Por sus tubos armónicos salen los sonidos de los réquiems, los salmos y los quíries, en las grandes solemnidades. Observa y escribe. El rumor crece, asciende, como una colmena en ebullición. Exclaman: *¡qué hermosura!, ¡grandioso!, ¡espléndido!* Se admiran ante la belleza que se muestra a sus ojos.

Unos, pocos, rezan; otros, los más, miran. Vuelve a preguntarse ¿Son turistas, o fieles? ¿Qué los mueve? Largas filas para el abrazo al Apóstol, infinitas, no se ve el final, para bajar a la cripta. ¿Entonces, qué buscan? ¿Hallan respuestas?

Desde la magnificencia del altar mayor el Apóstol la contempla. En varias actitudes: arriba, en lo alto, Santiago *Matamoros* cabalga con su espada en ristre por la batalla de Clavijo; abajo, camina de peregrino con vieira, báculo, sombrero y esclavina. Más abajo, la espléndida imagen sedente en piedra policromada, con manto de oro e incrustaciones de piedras preciosas y aureola labrada. Esta es la figura que abrazan los peregrinos y curiosos de todo el mundo cuando saludan al Apóstol (por detrás del altar hay una escalerilla para este fin, el paso es continuo, como un río). El conjunto está completado por baldaquino sostenido por ángeles. Las columnas salomónicas se enmarcan en las ocultas arcadas antiguas, románicas, cubriéndolas con jaspes y mármoles, molduras de pámpanos y racimos en abarrotada orgía de oro, de estilo riquísimo barroco.

Una lámpara que cuelga ante el santo, regalo del Gran Capitán por la batalla del Salado, ilumina el saludo de los penitentes. El ir y venir del gentío la distrae.

Piensa en la recóndita paz que tantas veces había buscado entre aquellas columnas grandiosas, imposible en los tiempos actuales. Esto es una verdadera fábrica de turistas, un mercado. Cierra los ojos y se ve sentada en el silencio misterioso de aquellas naves que acogían sus pensamientos de jovencita, en el grato intimismo de la meditación: algún amorío, los exámenes, por incertidumbre de la vida... ¡Hace tanto tiempo! Recuerda las visitas a Santiaguiño *Matamoros,* el de la nave de la Azabachería, al que se encendía una vela en momentos de exámenes, y se le pedía ayuda en el trance. Hace unos meses se publicó que había sido retirada la figura ecuestre, por estar cabalgando sobre moros derrotados por su espada; se sostuvo que era políticamente incorrecto.

La viajera se alegró mucho al ver que la habían vuelto a colocar, (parece ser que hubo protestas de ciudadanos y del mundo intelectual). Todas las religiones tuvieron y tienen su historia. ¡Qué sería del arte! Además se emocionó al descubrir que sigue la antigua costumbre: todas las velas estaban encendidas, ahora son eléctricas, no había ninguna apagada, menos mal, que ya no tiene que sufrir exámenes. Pasa un susurro de ternura por el pasado inocente; ¡eran sus sueños! Unos lloros escandalosos de un bebé la retrotraen a la realidad.

Se levanta y sigue su discurrir sentimental entre conversaciones, gritos y disparos luminosos de toda clase de artefactos productores de imágenes. La gente es feliz aunque sólo atrape el momento, el recuerdo de aquel verano en Compostela. Se acerca al Pórtico de la Gloria y se recrea en su contemplación.

El dorado granito gallego se humaniza, se transfigura, se hace real, bello y simbólico. Las figuras se reencarnan, dialogan y musitan: /*Santos, apóstoles ¡védeos! parece* / *que os labios moven, que falan quedo* / *os uns cos outros: i aló na altura* / *do ceu a música vai dar comenzo,* /*...¿estarán vivos? ¿serán de pedra* / *aqués sembrantes tan verdadeiros* / *aquelas túnicas maravillosas,* / *aqueles ollos de vida cheos*/. Rosalía de Castro plasma en estos versos inolvidables el verismo portentoso. Un cicerone explica a unos extranjeros el significado, y tiene dificultad para hacerles entender el simbolismo de los horribles monstruos que se encuentran al pie del conjunto, los demonios, el mal. Unamuno, Otero Pedrayo, y otros muchos poetas se impresionaron ante el portento y versificaron sobre él. La viajera piensa que es un poema grabado en piedra. Una mirada especial para el profeta Daniel, la sonrisa más famosa del arte medieval.

Unamuno remata estas descripciones con unas palabras: *Al pie del pórtico, de hinojos y mirando al altar mayor donde está el sepulcro del Apóstol, el maestro Mateo, el autor de semejante maravilla arquitectónica, ora en piedra.* ¡El querido *Santo dos Croques!* La llevó, muy pequeña, su padre de la mano a dar tres croques al santo para imbuirla de sabiduría. Pasa la mano con nostalgia sobre la rizada cabeza, no se atreve a darle un croque, los rulos se han alisado con tantas cabezadas que le han dado. El paso del tiempo otorgó al granito tacto de mármol. ¡Qué fiesta en la gloria! Peregrino que llegas a Compostela, ¿ves esta hermosura? Siglos y siglos os contemplan y no sé decir si es la gloria o es un sueño. Vale la pena comprar el cielo, es la meta del penitente, una obra de arte que no se repite en ningún lugar.

Baja la escalera de la fachada del Obradoiro con sus peldaños gastados en el centro por el roce de millones de pies, siglos de pisadas, infinitos pasos, descalzos o calzados. Mira hacia lo alto. Las dos torres del Obradoiro que componen la fachada principal se elevan a muchos metros de altura. Gerardo Diego dice: / *Sobre la noche biselada y fría* / *creced, mellizos lirios de osadía:* / *Creced, pujad, torres de Compostela* /. Enfrente, el palacio de Rajoy en donde, una vez más, la figura del Apóstol cabalga en la batalla de Clavijo, coronando el frontón central. Hacia la izquierda, el colegio de san Jerónimo donde realizó sus estudios. Entra y recorre las losas gastadas por los pasos de múltiples estudiantes. El jardín, cercado por el claustro, pone una nota de color en el severo entorno. Deja su colegio y se interna en la rúa del Franco. Sigue lloviendo *miudiño*. Su corazón está colmado. Esta rúa es el pulso donde late el bullicio de la ciudad. Cada portal contiene una taberna típica, un bar o un restaurante. Entra en Casa Enrique para tomar unos callos, en recuerdo de aquellos tiempos en que al mediodía se reunían allí todas las pandillas, los jueves, al salir de clase, para tomar los garbanzos, tan ricos, con un chato. Está abarrotada y no hay callos; perdió la autenticidad, se modernizó. Entra en otra taberna donde a base de esperar consigue tomar algo. Sale, ¡oh maravilla!, apareció el sol. Decide dar un paseo por la Alameda. La Alameda es un castro, *Altarium pullorum,* al que rodean los jardines de la Herradura. Ruta del amor; entonces, ahora vale cualquier lugar. No estaba muy bien visto, pero se iba. Discurre bajo un dosel de enramadas de robles centenarios que invitaban al escondite. Recuerda cómo algunas veces se había adentrado por sus umbrías con algún chico que le gustaba. Siente un ramalazo de aquellas experiencias de sensaciones y ansias prohibidas. Sólo unos besos. ¡Qué besos! Una sonrisa expande su boca.

La Herradura es atalaya natural de la ciudad y su entorno. Los tejados se suceden alineados en caprichosos planos, matizados en escalas de rojos, de un colorido sin par, entre las torres catedralicias y los campanarios de las iglesias.

El granito reluce dorado bajo el sol, rozando el verdor de las huertas que lo rodean. En la mitad de este paseo, mirando los jardines de la residencia de estudiantes, se halla el monumento a Rosalía de Castro, donado por las asociaciones de la diáspora gallega. A su pie, poemas y dedicatorias saludan a la *Cantora.* Es tan real la imagen que hizo exclamar al poeta: /*¡ Érguete, miña amiga, / que xa cantan os galos do día!* / La estatua elevada sobre pedestal es del tamaño de una mujer alta y fuerte; está sentada y apoya un codo en el brazo del sillón, y la mejilla en la mano en la que recuesta la cabeza, los ojos cerrados: parece dormir.

Con paso animado regresa a la ciudad para echar un último vistazo. Empieza otra vez la lluvia a mojar como caricia. El café Derby. ¡Qué jóvenes éramos! Aquellas tardes de miradas y partidas de parchís. Llovía como ahora y no se podía salir al paseo del Toral, a aquel paseo que recorríamos arriba y abajo, una y otra vez. Los chicos apoyados en los soportales nos miraban, nos sonreían, nos decían cosas, nos llamaban y cada una de nosotras buscaba su secreto amor y repetía, recordando a Bécquer: "/ *Hoy la tierra y los cielos me sonríen;* / *hoy llega al fondo de mi alma el sol;* / *hoy* lo *he visto...*lo *he visto y me ha mirado...*/ *¡Hoy creo en Dios!* /*".* Se toma un café. Todo sigue como entonces, hay, incluso, un juego de parchís y el camarero es anciano, bajito y charlatán.

/ *Llueve, llueve, llueve.*/ *Compostela bajo la lluvia siempre serás bella,*/ *llueve sobre la nostalgia de otros atardeceres,*/ *llueve sobre el caminante,*/ *llueve sobre el peregrino,*/ *llueve sobre la esperanza de seguir otros caminos*/*.* El tren la aleja de la ciudad mágica. Cuando divisa el mar en Carril, la tarde se cierra sobre explosivos cárdenos, naranjas y oros en la placidez del mar da Arousa.

Airam Lebasi

Lazo de seda

Eres dueña y señora
de vidas y de haciendas,
de sueños e ilusiones,
de rosas y de espinas.

Vas hipotecando las historias,
esclavizando los corazones,
por donde vas caminando.

Y eres fantasma que nadie ve,
pero estás siempre presente,
… a eso de fin de mes.

También puedes ser:
lanza,
discusión,
pesadilla,
palabra
o espada.

A tu reino sin corona,
se inclinan las cabezas,
todos los brazos laboran
y se mueven todas las manos
sin que ellas así lo quieran.

Hipoteca,
cuerda,
cadena,
lazo de seda
que no se ve
pero que quema,
siendo esclavitud
de invisibles cadenas.

Luis S. Taza Hernández

Pacem in terris

Ya tenemos bastante.
Ya hemos visto el infierno
y el ascua que lo alienta,
y cómo el precipicio, con su boca vacía,
va engullendo los cuerpos
con la aplastante fuerza
del oscuro interés de un necio “sinsentido”.
El otoño está muerto, muerta la primavera,
y un invierno de fuego extiende, indecoroso,
los pestilentes brazos de una guerra
tan sucia como un pozo de detritus.

No valieron las quejas.
La suerte estuvo echada desde antes que el tiempo
rompiera las amarras de la espera.
Los signos se vistieron con los signos
obtusos del poder
necio y desmesurado.

...Y creció, perverso, el despropósito.

Con sabores de pólvora,
el aire fue otro aire;
tierra herida, la tierra;
carne en carbón, la carne.
El trigo no madura desde entonces.
Y el campo y los bancales
son tumbas silenciosas, como adelfas.

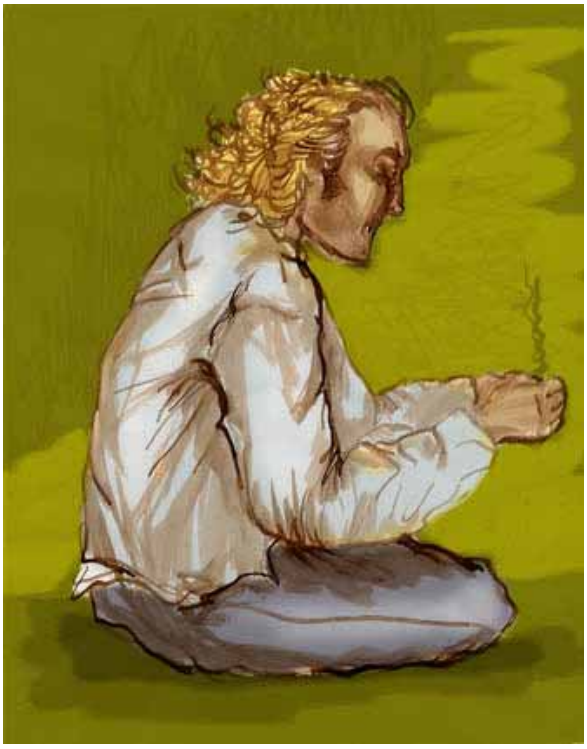
Los hijos no son hijos ya de nadie,
y nadie escucha el llanto
del dolor que traspasa cada agravio.

La guerra se respira,
ahora que ya no hay guerra,
como una bacanal de despotismo,
como un desprecio inicuo
a la vida y al credo de los otros,
como un perverso ataque,
-la guerra por la paz-
al recto discernir de toda inteligencia.

Contra el bosque de fuego,
de humillación, de odio, de terror, y violencia,
crece un grito en las sienes:
¡Ya tenemos bastante!

Rafaela Lillo

Mientras finges dormir



Poeta. Dibujo de Enfero Carulo.

Mira desde el espejo del hombre la razón,
el corazón virado como una cuerda escapa.
Bajo mi capa el llanto secreto custodiado,
de miedo amenazado por congelados fuegos.

Mis arpas se desploman, profetizan incendios,
calores cerebrales como la carne espuma,
siento mi forma en ti cavar a toda prisa
una mirada negra, una música rota,
una flota emigrada del verso de algún ángel
acostado en el lado derecho de tu ser.

Mientras finges dormir me convertiré en agua
y anegaré las aves que habitan en las almas
vagabundas miedosas con las alas atadas.

Enfero Carulo

EL CINE EN CASA

Recuerdo que desperté rodeado de cascotes, entre nubes de polvo que levantaban, en su búsqueda, los bomberos. Poco después, pude percibir el alarido de la ambulancia en que viajaba y, en pocos minutos, la luz blanca de un quirófano vertiéndose sobre mí. Luego, esa luz me pareció que se movía, insegura, para fundirse, al fin, con las sombras del otro lado de la ventana.

Tampoco había vuelto a saber de Lola desde aquello. Mi estado semicomatoso únicamente me permite girar los ojos hacia mi vecino de cama y la inhibición de las funciones más elementales me impiden mantener una conversación o escribir mensaje alguno a las enfermeras que de vez en cuando aparecen en la habitación, cambian el gotero y salen sin dirigirme la palabra. Pero aunque no puedo hablar ni moverme, envuelto como estoy en vendajes y conectado a gomas, tubos y frascos de suero, mantengo la lucidez; mi cabeza sigue funcionando. Y aquí estoy, desde no sé cuándo, dándole vueltas a lo ocurrido, tratando de encontrar una explicación lógica a la situación en que me encuentro. Lo que más podría ayudarme sería cruzar alguna frase con los médicos o las enfermeras. Pero eso es imposible. Entran, casi siempre en parejas, me miran, se miran con mirada cómplice, como queriendo decir: “mal, este no sale” y se marchan. Nunca he sido un gran aficionado al cine. Es más, no tengo inconveniente en reconocerme detractor de muchas películas que a lo largo de mi vida he podido contemplar porque no siempre el cine ha sido modelo al que ajustar comportamientos sociales. Recuerdo, por ejemplo, cómo a partir de *Rififí* se universalizó el butrón. También creo censurable la proliferación en las pantallas de gangsters, estafadores y granujas de medio pelo que han mostrado sin ningún recato sus tácticas para apoderarse de lo ajeno. Me viene a la memoria *El golpe* donde, a ritmo de *ragtime,* unos ladrones aficionados son capaces de robar al “gran ladrón”. Sin hablar de las veces que se ha visto en la pantalla cómo preparar una dosis de *caballo* o un artefacto explosivo.

Sin embargo no dejo de reconocer el talento de algunas gentes del cine. Ahí están, para demostrarlo secuencias y planos que han pasado a la historia, como la particular manera de airear los bajos de Marilyn Monroe a través de la rejilla del metro neoyorquino, el desnudo ¡de brazos! de Rita Hayworth en *Gilda* o las piernas desarmantes de Betty Grable y Cyd Charisse, junto con la brillantina que Max Factor derramaba por litros sobre las cabezas de los ídolos de Hollywood. Si el mayor grado de la inteligencia está en el borde de la fantasía, el cine es la única posibilidad que nos

queda a los mortales de inventar una realidad más acorde con nuestros sueños y afanes. El cine es el gran fingidor de nuestro tiempo.

Mis mejores recuerdos del cine, como de tantas otras cosas, pertenecen al territorio de la infancia, cuando formábamos largas colas para ver aquellas viejas cintas en las que unos vaqueros galopaban más veloces que el viento y disparaban más rápidos que su sombra. Bob Steele, Ken Maynard y Tom Mix siguen cabalgando aún por las praderas de mi memoria. Y luego estaban las películas de Tarzán con una bellísima Maureen O´Sullivan de la que todos acabamos enamorados antes de estarlo de Kim Novak. Durante años aquellas imágenes, que despertaron nuestro interés por fanzines y frikies, nos mostraban un mundo paradisíaco y feliz que luego nos enteramos de que sólo existía en la imaginación de los peliculeros.

Pero a lo que iba. El padre de Lola era enterrador y de la exigua paga que cada mes entraba en aquella casa, humilde en todos sus rincones, la madre apartaba un montoncito de billetes. -Esto "pa el sine". La que luego sería mi suegra seseaba garbanceramente.

Dos veces por semana acudían madre e hija a la única sala que había en el pueblo. Eran los tiempos en que se estrenaban *Casablanca* y *Lo que el viento se llevó* y, como en el resto del mundo, la mueca gélida de Bogart y el bigotillo rubio y las orejas, como dos paipais, de Clark Gable traían de cabeza a la población femenina del lugar. Fue así como nació la vocación cinéfila de Lola y ya nunca la abandonó.

Antes de casarnos tuve que firmarle un documento comprometiéndome a separar de mi modesto sueldo de cartero rural una cantidad para visitar regularmente la gran fábrica de sueños. No sé cómo aquella exigencia no me puso en guardia sobre lo que me esperaba porque muy pronto me di cuenta de que el cine había entrado en Lola como la carcoma en un mueble viejo y empezaba a horadar su personalidad. Su cerebro se fue llenando de fantasmas y de sombras. A veces me preguntaba cuántas mujeres hay en Lola y, sobre todo, con cuál de ellas me tendría que acostar esa noche. Y es que en sueños repetía diálogos, susurros y hasta ademanes de las últimas películas que habíamos visto. Frases como "tócala otra vez, Sam" o "más madera" tuve ocasión de oírlas en plena madrugada rebotando por las cuatro paredes del dormitorio conyugal.

Al principio me despertaba aterrado si oía, por ejemplo, el gruñido de King Kong junto a mi oreja. Pero con el tiempo acabé por acostumbrarme y ni me inmutaba; y si de pronto sonaba en la habitación el estampido de un Colt del 45 o el zambombazo de alguno de los cañones de Navarone, aprovechaba el despertar para pegarme a su cuerpo desnudo y bienoliente pues desde el principio había hecho suya la saludable costumbre de la Monroe de dormir con sólo unas gotas de Chanel número 5 por toda vestimenta, incluso en las frías noches de invierno.

Al cabo de unos años fui reconvertido de cartero rural en administrativo y trasplantado de la pedanía a una estafeta de la capital. Aquí transcurría nuestra vida sin mayores dificultades hasta que surgió ese nefasto invento conocido como "Home Cinema".

Apenas aparecieron los primeros equipos en los escaparates de El Corte Inglés me vi abocado a adquirir, sin posibilidad de escapatoria, los siguientes artilugios: Un proyector DVD, con su correspondiente amplificador; un juego de altavoces compuesto por uno central, que expelía los diálogos y varios más, llamados satélites, para la música y determinados sonidos. También entraba en el lote un potentísimo *subwoofer* para los graves y efectos especiales, causante del llamado *surround* que se encargaba de hacer temblar las paredes y el suelo del piso cada vez que en la peli aparecía un terremoto, el ruido de un reactor, un choque de trenes o una explosión nuclear. Completaba el equipo una pantalla enrollable de más de dos metros que hice instalar en el techo y un televisor con pantalla de plasma. Quedé hipotecado para unos cinco años pero Lola estaba radiante y su cuerpo, lúdico como un yoyó, saltaba

de alegría cuando el técnico desplegó por nuestro salón aquel arsenal. Ya teníamos el cine en casa.

Fue entonces cuando comenzó mi calvario.

Recuerdo que la primera película que visionamos (los entendidos dicen visionar en lugar de ver) fue *El paciente inglés.* De eso debe hacer ya varias semanas pero todavía tengo metido en los oídos el ruido de aquellos infernales aviones inundando de decibelios nuestro salón-comedor, convertido para la ocasión en flamante sala de estreno. Aquella primera experiencia me desgarró los tímpanos y desde entonces oigo menos que Goya en sus años en Burdeos.

Cierta tarde después de contemplar *Lo que el viento se llevó,* Lola, completamente transportada, se volvió hacia mí gritando aquello de que nunca más volvería a pasar hambre, lo cual me preocupó bastante, pues desde que nos casamos había engordado algunos kilos. Luego, algo más calmada, me pidió, cariciosa como nunca, que escenificáramos alguno de aquellos apasionados besos entre el vividor Rhett Butler y la histérica Escarlata O´ Hara.

Lola estaba ya tan entregada al cine, tan metida en ese mundo mágico que acabó creyéndose una auténtica megaestrella y frecuentemente la sorprendía en actitud de estar viviendo las mismas experiencias que las actrices en las películas, ya fueran lúdicas o trágicas, haciéndome, en ocasiones, su co-starring. Llegó a adquirir tal destreza para el disfraz y el maquillaje que igual aparecía de pronto convertida en una auténtica Sheerezade y me contaba extrañas historias en las que siempre me reservaba el papel de tirano. Creo que fue así como empezó a odiarme, quizás porque yo nunca quedaba a la altura de sus héroes de celuloide. Sin embargo casi a diario, después de ver tal o cual peli, me obligaba a entrar en acción. Que los protagonistas hacían el amor, nosotros ¡zas! casquete al canto. Por cierto, dada nuestra condición de vegetarianos, recuerdo que empleábamos margarina como sustitutivo de la famosa mantequilla en la escenificación doméstica de *El último tango en París* .

Su cine preferido era el de corte romántico. La conmovían las almas perdidas y los corazones solitarios pero no le hacía ascos al de aventuras, los dramas sicológicos (cuando se ponía en plan Bette Davis me echaba a temblar) o al de ciencia ficción.

Más de una vez me obligó a imitar los torpes andares del monstruo de Frankenstein y a punto estuvo de comprarse un ataúd para que el mismísimo Drácula tuviera en nuestro trastero, convertido en cuarto de invitados, su propia solución habitacional durante el día. Gozaba, eso sí, con el cine musical y aún recuerdo que tardé varias semanas en superar la pulmonía que me costó el estar aquella noche más de dos horas silbando (canto fatal) bajo una lluvia tenaz en plena calle.

Adoraba las películas del Oeste y recuerdo que en cierta ocasión me vi obligado a hacer un curso intensivo de inglés para cantarle a Lola, vestido de vaquero *Sólo ante el peligro* en versión original. También me costó bastante aprender a silbar la melodía de *El puente sobre el río Kwai*. El grito de Tarzán me llevó más de una semana y la verdad es que no conseguí imitarlo ni medio bien, aparte de que me veía ridículo con el exiguo taparrabos que resaltaba mi figura delgaducha, tan poco ajustada a la iconografía del personaje. La diferencia entre Johnny Weismuller y yo era abismal y sólo la imaginación de Lola podía suplir tal desemejanza. Mucho más propio estuve en mi caracterización de Robinson Crusoe, resuelta, por mi condición de barbilampiño, restregándome un corcho ahumado por el rostro, como en las funciones de teatro aficionado que hacíamos, de jóvenes, en el pueblo.

Hasta hace apenas un rato por mi cerebro discurrían varias posibles explicaciones al hecho de que se produjera el desplome de nuestro piso de forma tan repentina que no tuvimos tiempo de escapar. Una de ellas es que a Lola se le fuera de las manos el *subwoofer* y el dichoso *surround* en una salvaje descarga de decibelios hubiera causado el desastre. Después de todo, las paredes de nuestra vivienda, como casi todas las que se construyeron en los últimos años, parecen de cartón y a través de ellas no sólo sabíamos cuándo nuestros vecinos se iban a la cama por el ruido del colchón y los jadeos, sino que estábamos perfectamente informados de cuándo tomaban huevos fritos por el chisporroteo del aceite, que nos llegaba con toda nitidez. Otra posibilidad que he barajado era que Lola, que la tarde anterior había contemplado *El doctor Jekyll y Mister Hyde,* intentara descubrir alguna fórmula secreta, con culebrillas eléctricas y todo eso que le proporcionase una doble personalidad. O que estuviera al borde del eureka tras conseguir algún extraño invento, como la moto sin ruido, el agujero hacia fuera, la media gota de agua, el pan sin corteza o la puerta herméticamente abierta; algo, en fin, con lo que llamar la atención de la gente, acudir a las televisiones y hacerse famosa, cobrando, de paso, una pasta.

Sin embargo, la verdadera explicación, la auténtica, ha resultado ser mucho más sencilla y pedestre. La acabo de leer mirando de reojo el periódico que mi compañero de habitación ha dejado abierto hacia este lado al quedarse dormido. En la página de sucesos y con grandes titulares se da cuenta de cómo una persona a la que no ha sido posible identificar dado el estado irreconocible de los restos y que al parecer contemplaba una película en su domicilio, debió olvidar que tenía la comida puesta al fuego. Incendiado el aceite de la sartén, las llamas se habían propagado a la bombona de butano que, en su estallido repartió enseres y fragmentos humanos en todas direcciones, poniendo a nuestra vocación de cinéfilos un final absolutamente *gore* de sangre y casquería como en cualquier película española de terror.

Raimundo Escribano

Madrigal al éxtasis demorado

Tiburón voraz. Pintura de Enfero Carulo.

Luminosa. Saber que es ya costumbre
un hecho virginal: en tu dulzura
asoma con premura
un sol tan boreal que es servidumbre
la clara certidumbre
de poder gozar con tu hermosura.

Demorado. Como pétalo oscuro
aguardando en el tallo la caída,
renuncio a toda espera presentida,
y cuanto más espero, más me apuro.

Extasiada. La afectada presencia,
la que también se ausenta
a pesar del rito y la indulgencia,
la que reposa lenta
pero acaba clamando ante esta urgencia.

Prometido. Anhelo que devora
el sueño desvelado
de aquél que sólo sabe lo que ignora.

Para saberte a mi lado
me basta con sentirlo en la demora.

Fco. Javier Fernández

LA LLAMADA

Ocurrió una tarde de otoño. El frío constituía la nota predominante de la vida en la ciudad. Durante el año, apenas había llovido, pero noviembre ofreció a la sequía la oportunidad de firmar una tregua importante. Marta recogió por enésima vez la ropa del tendedero, para colgarla en los lugares más insospechados de la casa, con el fin de que se secara sin volver a empaparse.

Sobre la mesa del comedor todavía reposaban los restos de la merienda que le había preparado a su hijo y a un amigo del mismo, que pasaban la tarde juntos, entretenidos con diversos videojuegos.

El cansancio marcaba en su rostro, con una devastadora fuerza, dos oscuras huellas bajo sus ojos. Suponía todo un reto salir adelante a pesar de las dificultades. No resultaba sencillo controlar las situaciones en las que, a menudo, se encontraba inmersa. Las obligaciones eran muchas y variadas y el esfuerzo mental para combinarlas de forma adecuada, le robaba a diario algunas horas de sueño.

Sin embargo, a lo largo de ese gélido día del undécimo mes del año, se había sentido presa de una poderosa energía que la atrapaba a ráfagas extrañas e impetuosas.

Su habitual método de realizar varias tareas al mismo tiempo, le permitió adecentar el comedor tras la fiesta infantil, mientras doblaba las escasas prendas secas que habían conseguido salvarse de la insistente llovizna.

Cuando se disponía a guardar unas toallas en el cajón de la cómoda, sonó su móvil. Se dirigió al bolso, pero el sonido se alejaba.

- ¿Dónde habré dejado el móvil esta vez?– pensó.

La melodía de la última canción de Michael Bart, su artista predilecto, se oía en algún lugar de la casa que Marta no lograba adivinar.

Al otro lado de la línea, David Llorens, de profesión periodista, estaba a punto de cortar la llamada.

Marta levantó el jersey que su hijo había dejado sobre la mesa. Allí se encontraba el teléfono móvil. Lo cogió, rauda, y pulsó el botón verde.

- ¿Sí?- Mientras respondía, se apercibió de que en la pantalla había leído de pasada: “Llamante desconocido”, y sintió un potente impulso de darle al botón rojo. Nunca atendía llamadas de personas que no se identificaban, pero una foto de su sobrina, que cayó en ese momento del aparador, la distrajo.

- Hola, buenas tardes, ¿Marta Rodríguez Beltrán?

- Sí, soy yo. ¿Quién es?

- Llamo del periódico “Nuevo horizonte”. Estamos haciendo una encuesta en relación con la solidaridad de la gente.

- ¿Y dónde ha conseguido mis datos personales?-casi rugió Marta.

- Los he sacado de un listado de Internet, de la página “Unidos por un futuro”, la O.N.G.

Marta se encontraba ahora en la entrada de su casa, ya que nunca paraba de andar cuando hablaba por el móvil. De una de las rosas que lucían en un jarrón del vestíbulo, se desprendió un atrevido pétalo, que osciló despacio a derecha e izquierda formando en el aire unas líneas rosadas apenas imperceptibles. Se quedó extasiada viéndolo caer.

Los segundos de silencio no sorprendieron a David ni en lo más mínimo, pues un pequeño gorrión acababa de posarse en la barandilla de su balcón y lo miraba de un modo muy extraño, mientras sus alas permanecían abiertas y sin moverse en absoluto. Nunca había visto un pájaro tan quieto. Recordó la película de Alfred Hitchcock. El gorrión giró y se alejó planeando.

- Sí, pertenezco a esa O.N.G.-dijo Marta.

- Sí, lo he visto en la página Web ¿Y pertenece usted a otras instituciones de ayuda?

- A dos más, y eso que soy divorciada y con un hijo, con lo cual, mis ingresos no son muy elevados.

David, que hasta ese momento había descansado en el sofá del salón, ahora deambulaba, como Marta, por su apartamento. Abrió la nevera para coger un refresco. Un imán de la puerta se estampó contra el suelo y, lejos de romperse, resbaló veloz, hacia la galería. David lo siguió. Cuando ya lo tenía en su mano izquierda, se alzó y miró al cielo. Entre las nubes, una zona de un incandescente azul iluminó su cara.

Marta, con el móvil pegado a su oído, no sólo miraba estupefacta cómo una mariposa entraba por la cocina... Además, no podía entender cómo tan diminuto y frágil insecto tuvo la potencia suficiente para ladear la estrella de porcelana que adornaba la pared, al posarse sobre uno de sus picos.

- ¿Y desde cuándo colabora usted con estas entidades?-pregunto David.

- Fue tras mi separación. Hace seis años-contestó Marta.

La voz de su interlocutor le gustaba mucho. Empezó a sentirse atraída por David de un modo inusual, y esto le agradó bastante, porque no solía sucederle nunca algo así.

- Debe ser muy interesante conocer a esta mujer-pensó David. -Quizás me ayudaría a olvidarme de Vanesa.

En casa de Marta sonó la radio despertador. Eran las siete. Siempre se despertaba por las mañanas con la alarma del móvil. Por la tarde, prefería la radio. Se le había olvidado desprogramarla el día anterior, cuando durmió la apacible siesta en la que soñó que un desconocido le regalaba un anillo. Un tema de la banda sonora de *Notting Hill*, su película preferida, la llevó muy lejos...

En la televisión de David anunciaban *Memorias de África*, un film que siempre reponían a primeros de diciembre, como un anuncio de que se acercaba la Navidad. Se quedó mirando unos segundos a Robert Redford al lado de su avioneta...

De repente, escuchó la voz de Marta, que acababa de decidir algo que, incluso a ella misma, la sorprendió sobremanera.

- Creo que será mejor que charlemos de esto tranquilamente. ¿Quiere que tomemos mañana un café?

David podría haber tardado en contestar, podría haber emitido una larga retahíla de onomatopeyas de sorpresa, podría haber espetado un tajante “no”, seguido de una serie de increíbles y, por otra parte, lógicas excusas; sin embargo, su respuesta fue rápida y afirmativa.

- Sí- dijo- ¿Dónde quedamos?

Su breve y positiva respuesta se tradujo en una cita al día siguiente en una cafetería del centro de la ciudad.

Esa noche, apenas durmieron. Aunque no se acordaron el uno del otro en ningún momento, los dos soñaron historias de caminos que se cruzan.

Por la mañana, estaban desconcentrados y con ojeras imposibles de disimular. Vivieron infinidad de sucesos que impidieron el encuentro a la hora convenida, las seis de la tarde.

Marta salió de su casa a las cinco y cuarto. Tras muchas dubitaciones, había llegado a la conclusión de que lo mejor era ir en coche, a pesar del problema del aparcamiento. Si salía pronto, tendría tiempo de sobra para encontrar un sitio donde aparcar...

David optó por hacer uso del transporte público. A las seis menos veinte, cuando llegó a la parada del bus, varias personas comentaban que llevaba bastante retraso.

Tras diez minutos de espera, comenzó a andar. Quizás se demorase un poco, pero suponía que la mujer con la que estaba citado, le otorgaría diez minutos de licencia.

Cuando pasaba por una plaza, vio una rata que se dirigía, veloz, hacia él. Tras ella, dos, tres roedores más. Una señora que caminaba a su lado, al sentir tan de cerca la singular cabalgata ratonil, emitió un salvaje grito y cayó sobre la acera, golpeándose la cabeza contra el bordillo. David se agachó y le pregunto:

- ¿Cómo se encuentra?

- Mal- dijo de forma casi ininteligible la señora.

- No se preocupe, ahora mismo llamo al ciento doce para que venga a por usted una ambulancia- la tranquilizó David.

La zona se llenó de gente que rodeó a la accidentada. Se escuchó un frenazo terrible. David observó, a lo lejos, cómo un coche blanco colisionaba contra una farola.

-¡Qué tarde llevo!- pensó.

Miró el reloj de uno de los viandantes. Las seis y veinte. Seguro que Marta Rodríguez no le esperaría más.

Por su parte, ella, muy disgustada, cumplimentaba un parte de accidente tras ser alcanzado su coche por detrás y estamparse contra una farola de la Gran Vía. No se reponía del susto que se había llevado al ver abalanzarse contra su auto aquel autobús de línea. La parte trasera de su Chevrolet blanco estaba destrozada y un faro colgaba en su parte delantera.

Ya le había supuesto un problema llegar al coche, pues, en un principio, se le olvidó coger la llave. Después, la puerta del garaje se había estropeado y tuvo que pedir ayuda a un vecino.

- ¿Qué hora es?- preguntó al conductor del bus.

- Las seis y veinte- contestó éste, plasmando su firma sobre el parte.

Era demasiado tarde. Cuando llegara a la cafetería, David Llorens se habría ido.

Decidió olvidarlo todo, solucionar su problema con el tráfico y volver a casa.

David vio a la ambulancia alejarse. El sonido de su sirena se confundía en el oído de David con la del coche de policía que había acudido a socorrer a la dueña del turismo blanco.

Marta miró cómo la grúa transportaba su auto hacia el taller. Escuchó en la lejanía la sirena de una ambulancia. El destello amarillento de las luces giratorias la hizo agradecer que hubiera salido ilesa de su percance automovilístico.

David comenzó a desandar lo andado. Recordó la voz de Marta Rodríguez. Sacó el móvil de su bolsillo, dispuesto a llamarla y contarle lo sucedido.

Marta se encaminó hacia su casa, dando un rodeo. Necesitaba relajarse. Introdujo su mano en el bolso para sacar el teléfono móvil. Tenía que explicarle a David Llorens lo ocurrido. De pronto, oyó la melodía de Michael Bart. Alguien intentaba comunicarse con ella. Antes de que pudiera ver en la pantalla quién era, chocó con un hombre de forma impetuosa. Todas las cosas de su bolso volaron por los aires y se esparcieron por la acera.

Una voz, que a ella le pareció muy viril, le dijo:

- Lo siento mucho, la ayudaré a recoger.

Un pétalo de rosa se escapó de la mano de Marta y acarició el pavimento. Un imán de ésos que se ponen en la puerta de la nevera, saltó del bolsillo de la camisa del hombre al agacharse, y se posó sobre el pétalo.

En ese instante, Marta, en cuclillas, en medio de la carretera, leyó en la carpeta del hombre: “David Llorens. Nuevo Horizonte”, al tiempo que David recuperaba del sucio asfalto un D.N.I. en el que rezaba: “Marta Rodríguez Beltrán”.

Se miraron.

-¿David?

-¿Marta?

Rieron. Y después, en la hamburguesería de la esquina, rieron aún más.

***

A veces las cosas son así. Sólo a veces. Ahora, David y Marta son pareja. Él sigue haciendo encuestas telefónicas. Conoce a muchas mujeres a través de su trabajo, pero ella está tranquila porque sabe que algunos acontecimientos sólo suceden una vez en la vida. Y a ellos, ya les han sucedido.

María José Arques

Cuerpos en la playa

(Elegía por los seres humanos
venidos en las últimas pateras)

La superficie de todas las materias:
el dedo áspero y su acerada uña,
el ojo que supera ya los límites
interior y exterior, la piel marchita
de los cuerpos.

El masculino torso resbalando
a la horrísona piedra,
el agua crepitando sus espumas,
la noche: un crecimiento
hasta el día o la nube,
hasta donde el abrazo
de los cuerpos.

El salitre y la sal en la amarilla
arena de los párpados con óxido,
en el abismo sucio de los labios
que no van a besar desde ahora nunca,
en la sangre y el polvo
y la humedad que habita
poros y recovecos
y surcos y membranas
y células: reposo
de los cuerpos.

La mujer: toda pozo y hendidura cerrada,
ventana o puerta anegada o rota,
piernas y brazos, lianas o raíces,
cabellos derramándose
contra la oscura sombra de las rocas,
sobre la tierra que se cuida
de los cuerpos.

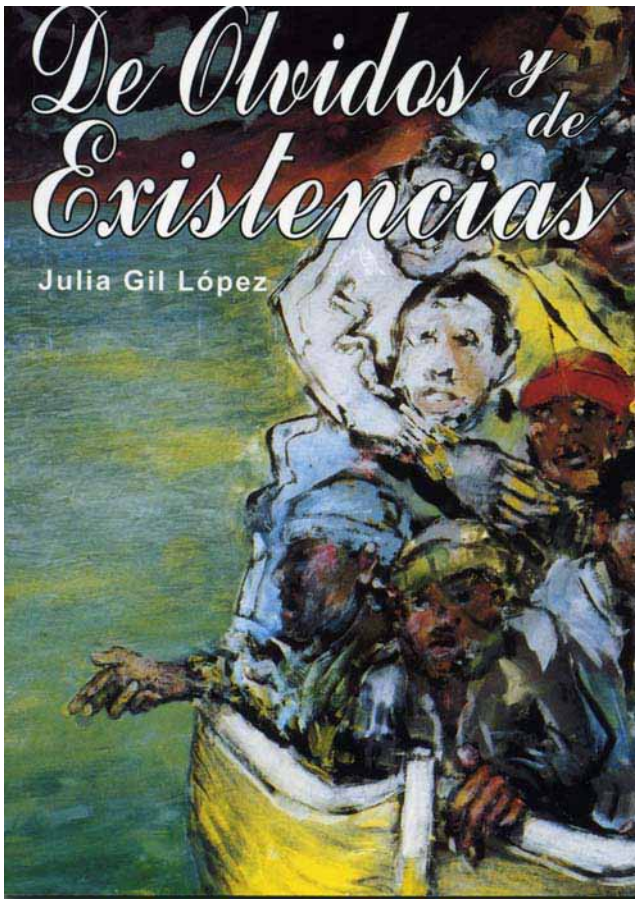
Ya no hay ni sed ni hambre,
ni caricia, o mordisco o beso. Ya no hay
respiración o gesto o quejido. Sí; hay
un mar alto de olas y de golpes, la noche
y el humano silencio,
allí donde descansan
en la muerte los cuerpos.

Fco. Alonso Ruiz

DESDE LAS PATERAS

De Olvidos y de Existencias, Julia Gil López

Cabildo de Tenerife y Centro de la Cultura Popular Canaria, 2004
53 páginas, 7 €



Hasta nuestros confortables ámbitos, ubicados en el que ególatramente denominamos primer mundo, llegan gritos desgarrados de los que, desde la exclusión y la marginación, intentan invadir la fortaleza que con tanta contundencia defendemos. Mares y desiertos son los glacis, las naturales barreras con las que las metrópolis impiden el acceso de los que llegan hasta ellas, aunque, cuando no son suficientes los ancestrales obstáculos, se excavan fosas y zanjas y se levantan empalizadas.

Pero también dentro de los reductos de la abundancia, laten corazones misericordiosos y solidarios que, ante la constatación de la idéntica naturaleza de aquellos que dan su vida por alcanzar las tierras de los ricos y la de los que no admitimos su acceso a la prosperidad, nos narran las desventuras y tragedias de los que intentan atravesar el blindaje con el que nos protegemos de los que nos invaden.

Una de estas vísceras, verdadera y realmente cordial, pertenece a una mujer, una poetisa que vive en Canarias, territorio que cada día contempla dramáticas escenas de hombres, mujeres y niños, llegando ateridos, espantados y anhelantes hasta sus playas. Se llama Julia Gil López, y su solidaridad y su humanismo son los que le han dictado los versos que conforman su poemario *De Olvidos y de Existencias,* que, con un clarificador prólogo de Juan Cruz, ha sido publicado en una edición conjunta del Cabildo de Tenerife y del Centro de Cultura Popular Canaria. Las treinta y tres composiciones que lo integran se inician con una interrogación, mediante la que participamos del estupor provocado por la tragedia, inasumible y repleta de irracionalidad para la autora, incapaz de contemplar impasible tanta iniquidad. La

lectura de sus posteriores poemas nos permite escuchar, en la voz de Julia Gil López, las de aquellos que, arriesgando sus vidas, se arrojaron a las procelosas aguas en busca del soñado bienestar. Hasta sus esperanzas y sus temores somos conducidos por la estremecida humanidad de Julia y mediante sus palabras descubrimos que, ya en la tierra del rico, la que se había prometido como felicidad es, en muchos y lamentables casos, una nueva esclavitud, un tiempo también repleto de desgracias, en el que no encontraron sus montañas mágicas, sus lagos misteriosos, sus cálidos mamíferos, y hasta las fieras suyas les han sido robadas. En ocasiones, ni sus nombres recuerdan y ni aun morir pueden, pues cuando lo desean ya han dejado de existir.

No obstante, el escenario de la tragedia, las playas a las que arriban los dolientes y afligidos, están llenas de sol y de abundancia, sus dueños y sus invitados ven, en ellas, pasar sus horas en una beatífica calma que no debe ser turbada por los gritos del temor y del espanto, y Julia Gil López constata la paradójica e inmisericorde exclamación de los bienpensantes que llegan a afirmar: ¡*Qué no se asusten los turistas!".* El maleficio se repite semana tras semana, cada lunes se renueva la tragedia y entre naufragios y martirios, como mariposas atraídas por una luz deslumbrante e irresistible, llegan para penar, para seguir penando. Mientras, los corazones de las buenas gentes, como la autora de *De olvidos y de existencias,* entre sus sueños oyen: "*el chapoteo de los remos*/ *y el estallido de las olas".*

La poetisa transcribe en sus versos las expresiones, los sentimientos y las sensaciones de los que arriban a las playas y a los riscos grancanarios, por lo que su estilo es desnudo y directo, e, incluso cuando son sus propios sentimientos los que refleja en sus poemas, dejando ver en ellos su empatía con los que sufren y su estupor ante la tragedia, utiliza expresiones contundentes y llenas de trasparentes contenidos, que nos trasmiten las convulsiones de su espíritu ante la llegada de las frágiles naves, si bien es cierto que las comparaciones están llenas de fuerza y en ellas percibimos con toda claridad el pétreo carácter del que se ha denominado "hueso de las palabras", tal como sucede cuando afirma: "*Y sin embargo todavía puedo* / *hacer palanca con el corazón".*

La cordial coincidencia entre hombres y mujeres situados a uno y otro lado de las barreras y las empalizadas es la que ha hecho posible el poemario que comentamos, que se resume y compendia en su último verso cuando con clarificadoras palabras afirma:" *¡Todos necesitamos encaminar el corazón!".* Y sí, evidentemente, para ser llamados hombres o mujeres deberíamos ser capaces de impedir los acontecimientos que han hecho posible y necesario el libro de Julia Gil López, para que nunca más se debiera escribir desde las pateras un texto que es símbolo y constatación de un mundo injusto, insostenible e inhumano.

Manuel Parra Pozuelo

Puntos de venta de la revista AUCA

PRENSA C/ Jaime Segarra, Nº 35. ALICANTE.
PRENSA Plaza de América, Nº 2. ALICANTE.
PRENSA NAVARRO. C/ Plus Ultra, Nº 75. ALICANTE.
PRENSA MENCHÚ. C/ Calderón de la Barca, Nº 18. ALICANTE.
PRENSA MATILDE. C/ Bono Guarner, Nº 21. ALICANTE.
CAFETERÍA L' ESTIU. C/ Bono Guarner, Nº 19. ALICANTE.
VIDEO-CLUB ESPIRAL. C/ Deportista Juan Matos. ALICANTE.
LIBRERÍA DEL PLA. C/ Ingeniero Canales, Nº 5. ALICANTE.
LIBRERÍA NOESIS. C/ Pintor Baeza, Nº 8. ALICANTE.
LIBRERÍA EL CLÍNICO UNIVERSITARIO. San Juan. ALICANTE
LIBRERÍA 80 MUNDOS. Avda. General Marvá, Nº 14. ALICANTE.
LIBRERÍA INTERNACIONAL. C/ Rafael Altamira. ALICANTE.
LIBRERÍA MARÍA DEL PUY. C/ General Espartero, Nº 91. ALICANTE.
LIBRERÍA LUXYMAR. Plaza Joaquín María López, nº 4. ALICANTE.
LIBRERÍA EL CATÓN. C/ Virgen de los Desamparados, Nº 50. NOVELDA.
LIBRERÍA ATENAS. C/ San Francisco, Nº 7. Cartagena (MURCIA).
LIBRERÍA PISCIS. Cehegín (MURCIA).
LIBRERÍA GRAN VÍA. Cehegín (MURCIA).
LIBRERÍA Mª JESÚS. Cehegín (MURCIA).